

Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 2010

Número: 88

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 88 (2010). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3516>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



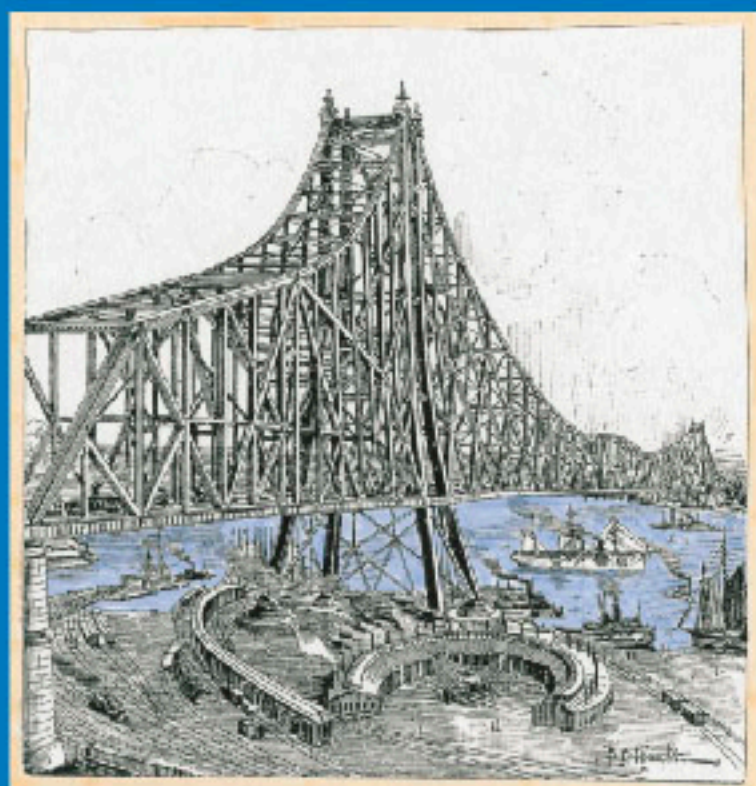
INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTÓRICAS

MAYO-AGOSTO 2010



Alicia Mayer
Directora

Miguel Meléndez
Departamento de Cómputo

Iván Escamilla
Secretario académico

Miriam C. Izquierdo
Secretaria técnica

Ena Lastra
Departamento Editorial

Rubén Olmedo Ponce
Secretario administrativo

Martín R. Sandoval Cortés
Coordinador de Biblioteca

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila, Felipe A. Ávila Espinosa, Alicia Azuela de la Cueva, Fernando Betancourt M., Johanna Broda, Rosa Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José Enrique Covarrubias, Rodrigo Díaz Maldonado, Iván Escamilla, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Ana Carolina Ibarra, Patrick Johansson, Miguel León-Portilla, Janet Long Towell, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Roberto Martínez González, Pilar Martínez López-Cano, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares, José Luis Mirafuentes, Sergio Miranda Pacheco, Federico Navarrete, Guilhem Olivier, Sergio Ortega Noriega, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Guadalupe Pinzón Ríos, Enrique Plasencia de la Parra, Ignacio del Río, Andrés Ríos Molina, Martín Ríos Saloma, J. Rubén Romero Galván, Estela Roselló Soberón, Javier Sanchiz, Susana Sosenski Correa, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Jorge E. Traslosheros H., Evelia Trejo, Iván Valdez Bubnov, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Cristina Carbó, Katia M. Cortés, Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano Ríos, Carlos García López, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Ena Lastra, Roselia López Soria, Javier Manríquez, Miguel Meléndez, María Teresa Mondragón Reyes, María Luisa Reyes Pozos, Israel Rodríguez, Ricardo Sánchez Flores, Martín R. Sandoval Cortés, Sandra Torres Ayala, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Alicia Mayer
Directora

Enrique Plasencia de la Parra
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa Camelo
Janet Long Towell
Teresa Lozano
Álvaro Matute
José Luis Mirafuentes
Elisa Speckman

Portada e ilustraciones: Proyecto para el nuevo puente sobre el río Hudson; "Los caballeros del trabajo", de Caran D'Ache, *L'illustration*, 4 de agosto de 1894. *Históricas* es un boletín cuatrimestral editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Edificio B, 3er. piso, Zona Cultural, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Editores responsables: Alicia Mayer/Enrique Plasencia de la Parra. Certificado de reserva de derechos al uso exclusivo 04-2007-092412160200-16 expedido por el Instituto Nacional del Derecho de Autor de la Secretaría de Educación Pública. Página electrónica: www.historicas.unam.mx. Correo electrónico: boletinhistoricas@unam.mx. Composición electrónica en tipos Goudy OISt BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Tiraje: 500 ejemplares. Impreso en Hemes Impresores, Cerrada Tonantzin 6, Col. Tlaxpana, Miguel Hidalgo, México, D. F. 11370. Distribuido por el Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Precio al público \$30.00 MN (\$3.00 USD). Tel. (55)5622-7517. Portada: Mercedes Bulit. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

HISTÓRICAS 88

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. MAYO-AGOSTO 2010. ISSN 0185-182X

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

José Enrique Covarrubias 2

ENSAYOS

Fanny Calderón de la Barca y su percepción romántica de México
Rodolfo Ramírez Rodríguez 3

El primer francés en el noroeste de México. Los relatos
de Gabriel Ferry
Juan Domingo Vidargas del Moral. 22

PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN

Culturas y universos femeninos: usos, prácticas, experiencias
y concepciones del cuerpo de las mujeres seglares
en la Nueva España, siglo XVII
Estela Roselló Soberón 35

NOTAS DEL IIIH

Eventos académicos. 41

PUBLICACIONES

Reseñas

Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile.*
Viaje y nación en el siglo XIX
Leonor García Millé 42

Novedades editoriales del IIIH 44

○ PRESENTACIÓN

Aunque desde hace mucho tiempo la literatura de viajes de tema mexicano ha sido objeto de interés en el campo de la historiografía, dicho interés no ha sido siempre el mismo y en consecuencia tampoco ha rendido los mismos frutos. En fechas recientes, en que el análisis del discurso y el tema de la construcción de la nación han ganado fuerza, la curiosidad se ha orientado mucho hacia el vínculo entre el relato de viaje y la creación literaria o de mitos. Para las obras de viaje de mediados del siglo XIX resulta imprescindible remitirse al espíritu romántico de esos años.

En el presente número de *Históricas* se incluyen dos estudios relacionados con el binomio formado por el relato de viajes y la literatura romántica, si bien en ellos priva la curiosidad histórica sobre el análisis literario. Rodolfo Ramírez Rodríguez, estudiante de maestría en Historia de México en la UNAM, aborda el libro *La vida en México* de la marquesa Calderón de la Barca, acaso el más conocido dentro del género después del clásico *Ensayo político* de Humboldt. Juan Domingo Vidargas del Moral, miembro de este Instituto de Investigaciones Históricas, se ocupa de la obra de Louis de Bellemare, mejor conocido por su seudónimo de Gabriel Ferry, quien recorrió y residió temporalmente en el noroeste mexicano al poco tiempo de la Independencia. En ambos autores se nota la huella del romanticismo, si bien en la marquesa con expresiones de imaginación histórica contemplativa, en tanto que en Ferry con narraciones impregnadas del espíritu de aventura. Cierra estas aportaciones una reseña de Leonor García Millé (doctoranda en Historia por la UNAM) sobre un estudio de la percepción mutua entre chilenos y alemanes en escritos de viaje, ahora en relación con el impacto de la literatura de viajes en la gestación de la identidad nacional.

El presente número de *Históricas* también incluye el proyecto de la doctora Estela Roselló sobre la concepción del cuerpo femenino en la Nueva España. □

JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS
Editor del presente número
Instituto de Investigaciones Históricas,
Universidad Nacional Autónoma de México

Fanny Calderón de la Barca y su percepción romántica de México

Rodolfo Ramírez Rodríguez

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

La historiografía sobre extranjeros en México, así como sobre la literatura viajera, ha sido objeto de diversos tipos de aproximación desde una obra pionera como *México en la conciencia anglosajona* (1955-1957), de Juan A. Ortega y Medina. A partir de entonces se ha examinado la manera en que las “miradas ajenas” han tratado de definir a México, sea en su calidad de Estado o bien en sus características sociales, económicas y culturales.¹ Varios estudiosos han recurrido a la literatura viajera para acercarse a los procesos históricos de la nación mexicana. Algunas de las temáticas más frecuentemente tratadas han sido la cuestión indígena en el proceso de formación nacional, la inmigración de europeos en el siglo XIX, la conformación de un Estado-nación con intervención de diplomáticos enviados por las “grandes naciones” y el aporte de extranjeros en la litografía y las bellas artes. Sin embargo, algunos aspectos culturales han cobrado también importancia en fechas recientes, sin que se les vea ya como temas menores de la historia, según pasaba antes: las costumbres nacionales, la vida cotidiana y la percepción de lo popular en los países visitados. Estos temas estuvieron siempre presentes en las obras de los viajeros, de ahí que el estudio de éstas reporte gran utilidad en dicho campo.

En el siglo XIX, el reconocimiento de las nuevas naciones del mundo moderno trajo consigo no sólo su incorporación al “concierto de las naciones”, sino el interés por indagar sobre las oportunidades por ellas abiertas en cuanto a actividades empresariales y la explotación de sus recursos, para lo que se requería información sobre las condiciones naturales del país en cuestión, sus aspectos sociales, su tipo de gobierno y política, etcétera. Todo esto venía impulsado, desde luego, por la expansión del capital, el conocimiento científico y tecnológico, y también por la aparición de un contexto mundial donde la herencia de la

¹ Algunos estudios han sido: Jorge Silva, *Viajeros franceses en México* (1946), Margo Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras* (1964), Brigitte de Lameiras, *Indios de México y viajeros extranjeros* (1973), Brígida von Mentz, *México en el siglo XIX visto por los alemanes* (1980), Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano* (1987), José Iturriga de la Fuente, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI-XIX*.

Ilustración y el romanticismo influía al definir, criticar y “apropiarse” de las distintas partes del planeta.

Aquí es donde se presenta el caso de una viajera extranjera que participó en la construcción de la idea del México independiente, no sólo por sus descripciones sociales y políticas, que nos adentran en una época compleja en todos los sentidos, sino también por su encuentro con la historia de nuestra nación, que dará lugar a un involucramiento romántico digno de ser resaltado. Cabe recordar un aspecto más: que el conocimiento de la historia también significa una forma de poder o control sobre el pueblo descrito, de lo cual tenemos ejemplos en las cartas de los viajeros.

La viajera de Escocia

Frances Erskine Inglis, nacida en Edimburgo, Escocia, el 23 de diciembre de 1804, fue una de las pocas viajeras extranjeras en el México independiente de la primera mitad del siglo XIX y también una de las pocas escritoras que realizó una crítica sobre la situación social y el carácter del pueblo mexicano hacia finales de la segunda década de vida independiente.

En 1830, a la muerte de su padre, Frances emigró junto con su familia a Boston, Estados Unidos, donde estableció una escuela de enseñanza para señoritas. En la vida social de esta ciudad pudo conocer a intelectuales como George Ticknor y William Hickling Prescott. Durante una de las veladas a que asistía le fue presentado Ángel Calderón de la Barca, en 1838, quien en esa época fungía como ministro plenipotenciario de España frente al gobierno de Washington.²

En septiembre de ese mismo año, Frances contrajo matrimonio con Calderón de la Barca en Nueva York, cuando él pasaba de los cuarenta y ocho años de edad y ella tenía treinta y tres.³ En 1839 él fue nombrado primer ministro plenipotenciario de España en México, por lo que el 27 de octubre de ese año salió el matrimonio del puerto de Nueva York hacia Veracruz, hizo escala en La Habana y llegó el 18 de diciembre a nuestro país, donde permaneció por más de dos años, hasta el 18 de enero de 1841, cuando partió de nuevo al extranjero desde Tampico.

Tras su permanencia en México, los esposos Calderón de la Barca se establecieron en Madrid hasta que, en 1844, don Ángel fue nombrado nuevamente embajador en Washington. En 1853 Calderón fue llamado a España a ocupar la cartera de Estado en el gabinete de Francisco Lersundi, con confirmación del

² María Bono López, “Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca y el mundo indígena mexicano”, en Manuel Ferrer Muñoz (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: un Estado-Nación o un mosaico pluricultural?*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2002, p. 155.

³ Las edades se consultaron en Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, “Introduction”, *Life in Mexico. The letters of Fanny Calderón de la Barca with new material from the author's private journals*, editada y anotada por Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, Nueva York, Anchor Books, 1970, p. XXV.

conde de San Luis. La caída del ministerio de este último dio lugar a una huida forzosa y encubierta. Fue la época en que Frances escribió una obra titulada *The attaché in Madrid, or sketches of the Court of Isabella II*, describiendo su exilio de Francia, publicada en Nueva York en 1856.⁴

Después de muchos vaivenes políticos y del regreso del exilio (1858), Ángel Calderón de la Barca murió en San Sebastián en 1861. Frances de Calderón se retiró entonces a un convento en Anglet, cerca de Biarritz, pero fue requerida por la reina Isabel II para encargarse de la educación de la infanta Isabel Francisca de Borbón. A partir de entonces su suerte quedaría ligada a la de la familia real, compartiendo su destierro y la posterior restauración de la monarquía española en 1874. En 1876 el rey Alfonso XII le concedió el título de marquesa por sus servicios a la casa real de España.⁵ El 6 de febrero de 1882 murió en sus aposentos del palacio de Madrid, a los setenta y siete años de edad.

La obra Life in Mexico

La intensa comunicación epistolar de Fanny con su madre y su familia abarcó desde su casamiento hasta 1847. Parte de las misivas, escritas entre el 27 de agosto de 1839 y el 29 de abril de 1842, sirvió para la realización de un libro de viajes sobre México. Cincuenta y cuatro de ellas fueron escogidas para ser publicadas en inglés en la primera edición con el título de *Life in Mexico during a residence of two years in that country*, impresa en 1843 en Boston y con diferencia de meses también en Londres. Esta obra fue recomendada y prologada por el prestigiado historiador William H. Prescott, quien motivó a Frances a publicarla para el público anglosajón. Estas ediciones muestran una gran reserva sobre la identidad de la autora, quien se presentaba sólo con el nombre de M[ada]me C. de la B. Por haber sido esposa del ministro oficial de España en México, Frances debía guardar la “etiqueta diplomática” y mostrar recato ante la nación que los había recibido por dos años.⁶

La obra *Life in Mexico* surgió en un ambiente cultural interesado en la historia del mundo hispánico, tal como se manifestaba ya en trabajos de Prescott: la *Historia de los Reyes Católicos* (1837) y la *Historia de la Conquista de México*, obra que se publicaría, como *La vida en México*, en 1843.⁷ De hecho, como comenta Felipe Teixidor, sería Fanny “quien le proporcionará [a Prescott] en abundancia los colores, y también las sombras, para pintar a los indios y los paisajes del trópico

⁴ Es una obra anónima que fue presentada como una traducción al inglés por un “joven diplomático alemán” en la corte de Isabel II, María Bono López, *op. cit.*, p. 156 / Felipe Teixidor, “Prólogo”, en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 2003, p. XIII.

⁵ Felipe Teixidor, “Prólogo”, en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, *op. cit.*, p. XXXIV-XXXV.

⁶ María Bono López, *op. cit.*, p. 156. La explicación sobre la reserva de la identidad de su autora la dio Prescott. Cfr. Prefacio de Prescott en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, *op. cit.*, p. LXIX.

⁷ Las obras posteriores de Prescott fueron *Historia de la Conquista de Perú* y *Felipe II*.

y de la meseta”, además de servirle de enlace con los más distinguidos historiadores mexicanos (Lucas Alamán y José Fernando Ramírez), así como con sus investigaciones y documentos.⁸ Prescott lo reconocería abiertamente en una carta enviada a Washington Irving el 31 de diciembre de 1838.⁹

Asimismo sabemos que el conocimiento de Frances sobre México se debía a las lecturas de obras varias, como las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, *The Rambler in Mexico* de Charles Joseph Latrobe, *Mexico in 1827* de Henry G. Ward y el *Ensayo político* de Humboldt, además se conocía y citaba las obras de Clavijero, Zavala, Mora, a más de hacer uso de revistas y calendarios durante su estancia en el país.¹⁰ Además, revela una vasta cultura clásica y conocimiento de obras románticas como las de Schiller y Byron.

Pese a la buena aceptación entre el público anglosajón y sus numerosas ediciones en los siglos XIX y XX, la aparición completa en castellano de *Life in Mexico* se retrasó hasta 1920.¹¹ Es posible que este rechazo pueda atribuirse a la “escasa simpatía” que hacia su contenido profesaron personalidades como Luis Martínez de Castro, Manuel Payno e Ignacio M. Altamirano en la época de su primera publicación. Es de señalarse que los mismos mexicanos que fueron contemporáneos suyos y llegaron a conocerla (el conde de la Cortina, Carlos María de Bustamante, Lucas Alamán) no la mencionaron en sus textos o documentos, con la excepción de Justo Sierra O’Reilly (traductor de la obra de John Lloyd Stephens, *Viaje a Yucatán*, 1848-1850), quien la conoció en 1847 en la ciudad de Washington.¹²

Algunos comentarios acerbos sobre el libro de la autora los encontramos en Martínez de Castro, quien fuera el traductor de la carta IX de *La vida en México* para *El Liceo Mexicano* (1844, t. I, p. 308). Al citar el nombre de Madame Calderón de la Barca a propósito de las “Memorias de México” escritas por Isidore Löwenstern (*Le Mexique*, 1843),¹³ dice Martínez de Castro:

existen otros [viajeros], y no son pocos, que a semejanza de los pintores de brocha, tan sólo saben pintar de blanco lo que es negro, y más frecuentemente lo contrario.

⁸ Felipe Teixidor, “Prólogo”, en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, p. XVII.

⁹ Dice Prescott: “Buscando a mi alrededor [después de concluir la *Historia del reinado de Fernando e Isabel*] alguna otra cosa, me pareció el mejor tema la historia de Cortés y de Pizarro, desde su desenvolvimiento, fuera del periodo con el que estaba familiarizado, así como también por sus relaciones con nuestro país. Me encontré asimismo con que tenía peculiares facilidades para obtener los libros y manuscritos de Madrid que necesitase, debido a la gentileza del s[ñor] Calderón, a quien usted conoce”. William Prescott, *Historia de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1976, p. 554.

¹⁰ Éstos son los autores que Teixidor encuentra citados en el original. *La vida en México*, p. XXXIX.

¹¹ Marquesa Calderón de la Barca, *La vida en Méjico*, 2 v., traducción de Enrique Martínez de Sobral y prólogo del marqués de San Francisco, Manuel Romero de Terreros, México, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1920 (2a. edición, 1945). Anteriormente se habían editado algunas cartas en publicaciones como *El Siglo Diez y Nueve* o *El Liceo Mexicano*, además de intentos de ediciones incompletas en imprentas nacionales. Cfr. María Bono López, *op. cit.*, p. 158-159.

¹² Felipe Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. IX.

¹³ El artículo de Martínez de Castro tiene por título “Isidoro Löwenstern y sus memorias sobre México”, firmado bajo el seudónimo de “Mala Espina y Bien Pica” (*El Liceo Mexicano*, t. I, 1844, p. 18).

Nuevo linaje de correveidiles son éstos, que hacen profesión de traer y llevar nuevas, unas veces demasiado añejas y otras falsas [...]. Pero, volviendo al símil, a mí al menos me parecerá siempre una profanación el confundir a Madame Staël, o a Lady Montagu, con M[a]d[am]a. Calderón de la Barca.

Las mayores críticas en la carta que transcribió Martínez son las referencias de la marquesa al “bárbaro” espectáculo de las corridas de toros, a la “poca belleza” de las mujeres mexicanas de elite, al descomunal derroche de riqueza en brillantes y a “la singular” demostración de etiqueta y cortesías, todas ellas vistas como afrentas a costumbres antiquísimas de los mexicanos.

Felipe Teixidor menciona la indignación de Manuel Payno, debida supuestamente a la descripción hecha por Frances del ex presidente Guadalupe Victoria, cuyo trato sencillo y paciente “le acarrearón las sátiras de Madama Calderón, sin respeto a tantas virtudes, sin consideración a unas venerables canas, nacidas en medio de los combates y del fragor de la metralla”.¹⁴ Sin embargo, la principal crítica de Madame Calderón al general Victoria se dirigió meramente a su simplicidad y corta cultura.¹⁵

Asimismo el francés Mathieu de Fossey, en su libro *Viaje a México* (que él mismo presenta como *Cartas desde México*), expresó una crítica de fondo sobre el contenido de las cartas de Fanny, ya que consideró que un viajero, para poder realizar la descripción del país donde iba a residir, debía cuestionar su propio conocimiento del carácter, las costumbres y los usos de los mexicanos, y prolongar al máximo posible su estancia en el país en cuestión.¹⁶

Tampoco concederé a la señora Calderón de la Barca los requisitos del buen crítico, aunque, es verdad, ha vivido más tiempo en este país que Mr. Michel Chevalier; pero no concurrieron en ella las condiciones para conocerlo todo y juzgar bien. Siempre que se ha fiado de las noticias que le daban los criados u otros extranjeros como ella, ha incurrido en exageraciones; y cuando le causaba admiración un orden de cosas, que no obstante se encuentra en la ley común, y no puede existir de otro modo, ha citado como dispartes ciertas circunstancias, a menudo indiferentes por sí, sacrificando así la síntesis al análisis, sin advertir que perdía de vista la filosofía del carácter nacional. En fin, ha juzgado al país por el momento presente, sin tener en cuenta lo pasado, tan cerca todavía, ni los adelantos que ha obtenido.¹⁷

¹⁴ Manuel Payno, “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843” (publicado originalmente en *El Museo Mexicano*, 1844, t. III), en *Obras completas. I: Crónicas de viaje*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 122. Cfr. Felipe Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. X. Allí mismo Payno critica a los viajeros que “se mueren de hambre” en los caminos de México desmintiendo las opiniones de “Loewenstern y Chevalier”. Véase Margarita Pierini, *Viajar para (des)conocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 1990, apéndice 1, p. 151-152.

¹⁵ Véase Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, cartas IV, p. 26-27, y XXXVII, p. 303.

¹⁶ Prefacio de Mathieu de Fossey, *Viaje a México* (1a. edición en 1844), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, véase p. 23.

¹⁷ *Ibidem*, p. 24-25, cit. en María Bono López, *op. cit.*, p. 158, y en Felipe Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. X-XI.

Posteriormente, Ignacio Manuel Altamirano dio dos referencias sobre “la Madame”, la primera en 1868 cuando escribió “Después [de Humboldt] casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Löwenstern y la señora Calderón de la Barca hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndole sus sátiras menipeas contra nosotros”,¹⁸ y la segunda, con menor destempe, a mayor edad: “Después de Humboldt hay mil viajeros y aun viajeras que han escrito acerca de México, unos apasionados o burlones como Löwenstern y Madama Calderón”.¹⁹ Es posible que esta animadversión hacia la autora se deba a que escribía sobre la trama social y política de México y sobre los principales hombres de la república, viéndosele como una extranjera entrometida en cuestiones de “unidad nacional”. En comparación con la obra histórica de Prescott, *Life in Mexico*, tuvo una desfavorable recepción en México, pues favorecía muy poco el orgullo nacional.²⁰

La época del viaje

Durante los años precedentes a la visita de los Calderón de la Barca, México vivía una gran inestabilidad política “caracterizada por una sucesión interminable de presidentes moderados y liberales, y por las injerencias políticas de los vicepresidentes”.²¹ Entre la revolución de Independencia (1810-1821) y la revolución federalista de julio de 1840 se pasó por el imperio de Iturbide, el establecimiento del sistema federal en 1824, la revolución de la Acordada de 1828 y la adopción del sistema centralista en 1836. En palabras de Frances: “En diecinueve años se han ensayado tres formas de gobierno y dos Constituciones [...] ‘No hay nada como probar’”.²²

Aunado a esta circunstancia estaba el problema financiero de la hacienda pública, cuya falta de recursos la condenaba a la bancarrota y la dependencia de préstamos internos y externos, ahondando la crisis con la imposición de alcabalas y los crecientes gastos generados por el ejército. Las revueltas, asonadas y “pronunciamientos”, que impedían la pacificación del país y provocaban la división interna, se perpetuaban con los intentos separatistas de Texas y Yucatán, las rebeliones indígenas y el enfrentamiento con Francia durante la guerra de los Pasteles, conflicto causado por dicho país para exigir la apertura al libre comercio de sus manufacturas de bajo costo.²³

¹⁸ *Revistas literarias de México*, edición de La Iberia, t. II, 1868, p. 16, cit. en Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. X.

¹⁹ Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción” al *Viaje a Oriente* de Luis Malanco, 1883, t. I, p. XXIII-XXIV.

²⁰ Michael P. Costeloe, “Prescott’s *History of the Conquest* and Calderón de la Barca’s *Life in Mexico* Mexican reaction, 1843-1844”, *The Americas*, v. 47, n. 3 (January, 1991).

²¹ María Bono López, *op. cit.*, p. 161.

²² La cita se halla en *La vida en México*, carta, XXXVII, p. 307.

²³ María Bono López, *op. cit.*, p. 160-163.

Otra cuestión política no resuelta eran las consecuencias del reconocimiento del amplio y heterogéneo sector indígena de México como parte de la ciudadanía mexicana. La homogeneidad política de los diferentes sectores de la población, presupuesto del republicanismo, alteró la definición sociojurídica de los descendientes de los grupos “indios”. La declaración de igualdad entre todos los habitantes, junto con la abolición de fueros y tributos particulares, ocasionó el deterioro de las leyes tradicionales y las repúblicas de indios, lo que llevó a la pérdida de sus tierras en beneficio de los latifundistas y al incremento de la pobreza y la desorganización comunal.²⁴

Por otra parte, las relaciones con la antigua metrópoli experimentaron cambios después del decreto de expulsión de los españoles en 1827. España reconsideró su postura de reconquista frente a la república mexicana el 19 de noviembre de 1837, fecha en que su gobierno se dispuso a reconocer la independencia de México con una revalidación de los tratados de paz y amistad.²⁵ Esta noticia se hizo pública en nuestro país el 4 de febrero de 1838, durante el segundo gobierno de Anastasio Bustamante, quien recibió las cartas credenciales de Ángel Calderón de la Barca como ministro plenipotenciario de España el 29 de diciembre de 1839.²⁶ El buen recibimiento de este diplomático por la sociedad mexicana se debía a la fama política de que ya gozaba

El ambiente literario del romanticismo

En una obra publicada en Francia sobre las nuevas obras de literatura viajera hacia 1847, el editor Albert Montémont expuso lo que a su juicio era *viajar* en el siglo XIX:

Viajar es aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a convertirse en alguien mejor; es relacionar la propia experiencia con la de los otros pueblos; es agrandar la esfera de las ideas y prepararse para el porvenir una multitud de goces inagotables; es penetrar cada vez más en las infinitas maravillas de la naturaleza y en los secretos aún más infinitos del corazón humano.²⁷

Estas características del “viaje ideal” se reflejan en las cartas de Frances Calderón de la Barca, pues gracias al viaje se muestra capaz de transformarse y adquirir un aprendizaje a partir de lo recién “conocido”, abarcando no sólo la

²⁴ *Ibidem*, p. 167.

²⁵ A esto lo había precedido un discurso de la reina María Cristina ante las Cortes.

²⁶ *Ibidem*, p. 165. Hay que decir que por entonces aún existían fervientes partidarios de la causa monárquica en México, quienes esperaban la superación de todos los problemas del país mediante el gobierno de un príncipe católico europeo, como lo estipulaba el Plan de Iguala. Una prueba de ello fue la publicación de un folleto por José María Gutiérrez de Estrada en octubre de 1839, lo cual le valió el exilio, cit. en *La vida en México*, carta XXVII, p. 235.

²⁷ Albert Montémont, *Voyages nouveaux... effectués ou publiés de 1837 à 1847...*, v. I, p. 10-11, cit. en Margarita Pierini, *Viajar para [des]conocer*, p. 37.

naturaleza sino también la sociedad. Fanny rectifica sus juicios iniciales y cambia de opinión sobre los gustos “exóticos” de los mexicanos. Por consiguiente, puede considerarse a *Life in Mexico* “una de las obras más comprensivas de la realidad del país” (aunque su autora no pudiera escapar a los prejuicios de su nacionalidad, su clase y su religión), presentando uno de los cuadros más completos y animados del México de su tiempo debido, en gran parte, a su curiosidad innata.²⁸

Las impresiones del escritor individual (mostrando lo íntimo y lo visible del “nuevo mundo”, develado y recorrido así como sus experiencias y búsqueda de conocimiento) solían acabar reunidas en cartas o en una relación extensa que se publicaba en su país de origen, y esto es lo que se ha denominado *literatura viajera*. El relato de viajes se funda en los movimientos del entendimiento dinámico entre el “saber” y el “actuar” humanos; entre los lugares de la escritura, de la lectura y de lo relatado. Es pues un modelo de experiencia puesto en escena y apto para la apropiación de formas perceptivas de elementos culturales extraños.²⁹ Una cita de Alain Niderst nos explicará mejor las consecuencias del recuerdo en la escritura viajera:

El recuerdo metamorfosea lo real, o más bien presenta su verdad. Del viaje sólo quedan algunas horas de infinita profundidad [...]. Es decir, que toda la literatura es una “búsqueda del tiempo perdido”, que sólo lo recobra transfigurado [...]. El relato de viajes no es, pues, la descripción pintoresca de un Allá excitante y colorido; es simplemente un esfuerzo por suprimir el tiempo, y, como toda literatura, debe mentir primero para decir la verdad.³⁰

En palabras de Margarita Pierini: “[a pesar de que el viaje en el siglo XIX] ya no es algo tan excepcional como en tiempos más remotos, el viaje sigue constituyendo un elemento creador, dinamizador [...]. Sus obras son, como la de los cronistas, un recuento de nuevos mundos, la expresión de un yo único que se enfrenta a lo desconocido, el desarrollo de un pensamiento a través del cual la realidad se decanta y se recrea”;³¹ es un relato de exploración e invención.

En el caso del libro de viajes es el yo, el sujeto, el que observa, analiza y juzga, siendo su objeto exterior el ambiente descrito. En esta literatura se entremezcla la subjetividad y la objetividad, en donde el viajero es a la vez sujeto y actor del “Gran Teatro del mundo”, como diría Norman Dorion. Al ser viajero(a) su papel se transmuta en descubridor(a), creándose su propia figura narrativa con identificación de ciertos paradigmas políticos, sociales o ideológicos; incidiendo en la recreación de los hechos en el relato. El “viajero/a” no sólo es una persona dotada

²⁸ *Ibidem*, p. 44. Según Margarita Pierini, este libro (junto con las novelas costumbristas de Manuel Payno) constituye uno de los documentos literarios imprescindibles para conocer la situación social de la época.

²⁹ Ottmar Ette, *Literatura de viaje, de Humboldt a Baudrillard*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001, p. 13-15.

³⁰ Alain Niderst, “Les récits de voyage”, en *Récits, voyages et imaginaire. Actes de Montréal*, edición de Bernard Beugnot, París/Seattle/Tubinga, 1984, p. 52, cit. en Margarita Pierini, *op. cit.*, p. 118 [traducción suya].

³¹ Margarita Pierini, *op. cit.*, p. 107.

de observación y de la cualidad de escribir sino que es partícipe de la creación de un “hecho vivido” en la escritura.³²

Un libro de viajes es, esencialmente, un libro descriptivo: se trata de fijar en la imaginación y en la memoria del lector una serie de elementos que hasta entonces le son ajenos. Para ello se recurre a la descripción, a la acumulación de rasgos caracterizadores que a través de la semejanza o de la oposición van conformando una imagen captable y asimilable por el lector. Así, en los libros de viajes se repiten las descripciones de paisajes, ciudades, edificios, fisonomía y vestimenta de los habitantes de los diversos grupos sociales, cultivos, minas, etcétera.³³

Los escritos de viajeros de la década de 1830 a 1840 englobaban dos tipos de elemento, el utilitario y el autobiográfico, surgidos de las corrientes de la Ilustración y del romanticismo, tan vigentes en Europa como en Estados Unidos. El romanticismo influía sobre el elemento autobiográfico al situar al yo subjetivo en el centro de la concepción del mundo sensible, pues sólo a través del yo se podía contemplar el mundo: “La misma naturaleza se metamorfosea de acuerdo con los ojos y el corazón de quien la contempla: palpita con ellos, se transforma siguiendo los sentimientos”.³⁴ El aspecto utilitario-descriptivo estaba influido por el pensamiento racional y capitalista, que en esta época hacía de la expansión mundial uno de sus temas centrales.

La búsqueda del pasado en la percepción romántica se remontaba hasta sus orígenes más antiguos, lo que llevaría a los escritores extranjeros y nacionales a una búsqueda de las raíces culturales e históricas de los pueblos convertidos en naciones. Esta irrupción del romanticismo iba en búsqueda de una identidad nacional, para lo cual se debía hacer una indagación sobre el pasado, lo que en el caso de México implicaba el conocimiento del mundo indígena. La construcción de un significado histórico, a inicios del siglo XIX, suponía una nueva visión del desarrollo humano, de las diferencias socioculturales entre los pueblos y de la construcción de una identidad fundamentada en la representación y la narración de un “sí mismos” como nación.

La creación del espacio vivido en los relatos viajeros se convirtió por esa época en la narración histórica de las naciones del mundo que habían alcanzado un estatuto autónomo que reivindicaba su derecho de existir. El liberalismo, el capitalismo y el romanticismo harían su parte en toda esta comprensión al “describir” los nuevos espacios “abiertos” para ser ocupados.³⁵ Sin embargo, la di-

³² *Ibidem*, cap. 5, p. 109-117.

³³ *Ibidem*, p. 119.

³⁴ *Ibidem*, p. 58. Incluso puede decirse, siguiendo las palabras de la autora, que hay elementos de analogía entre el romanticismo de Fanny y el estilo propuesto de Rousseau, pues en ambos “Aparte de la excesiva sinceridad de algunos pasajes que atacaban o comprometían a figuras conocidas, el mismo hecho de desnudar, como el autor lo hacía, la propia existencia, se consideraba inmoral y pernicioso para la sociedad”.

³⁵ Véase la obra de Mary Louise Pratt, *Imperial eyes: travel writing and transculturation*, Londres/Nueva York, Routledge, 1992.

mención que siempre se encontraba atendida en esta literatura viajera era la social, pues todo viajero se movía en los diferentes grupos y capas sociales del país al que llegaba y tenía la ventaja de una gran libertad de acción y crítica, que no poseían los habitantes de esa tierra y esa cultura. Esto le permitía observar y dar cuenta de aspectos de una temática amplia en vistas a contrastar, criticar y alabar lo que juzgara pertinente.³⁶

Como escritora de cartas de viaje, Frances no pudo dejar de tratar determinados temas en tanto que referentes obligados del género en esta época, como lo son *la naturaleza*, la exaltación de la belleza de ésta y de la posibilidad de su explotación en vistas a beneficios materiales; saber de *la población*, analizada de acuerdo con los parámetros de “raza y moral” de su tiempo; el desarrollo de *la civilización*, esto es, la descripción de la cultura, la ciencia y la tecnología que posee la nación, de los tiempos pasados y actuales; el conocimiento de *la historia nacional*, expresada como la descripción del pasado antiguo que se conecta con los sucesos actuales, y por último *las costumbres*, otorgando una gran importancia a la narración de hábitos y tradiciones de un determinado grupo social, o grupos sociales, frente a los cuales la viajera ejerce las funciones de una observadora pero también de un censor. En este escrito nos interesa saber más sobre su opinión romántica de la nación mexicana, de lo cual nos vamos a ocupar ahora.

La visión romántica de La vida en México

El término *pintoresco* es muy recurrente en las cartas de la marquesa, influenciada por el estilo romántico que estaba en boga en sus días y que mostraba asombro por “el imponente paisaje”, de lo cual resulta una percepción estética y nítida del ambiente. Fanny comenta que “hay una circunstancia que debe de tener en cuenta todo el que viaja por el territorio mexicano. Cuanto ser humano, cuantas cosas se ven al pasar, son, por sí solos, si no un cuadro, cuando menos un excelente pretexto para el lápiz”,³⁷ reclamando así el involucramiento del arte de la pluma y el pincel. Asimismo, tiene la costumbre de insertar fragmentos poéticos dentro de su narración de viaje, dando así expresión al sentimentalismo.³⁸

Su primer encuentro con el entorno mexicano lo describe muy desfavorablemente, pues Veracruz, con sus costas arenosas, se presenta a sus ojos “en toda su fealdad”, siendo también el aspecto de sus edificios “de lo más melancólico, *délabré* y desconsolador que puede uno imaginarse”.³⁹ Sin embargo, con el correr del tiempo y sus travesías al interior del país se da cuenta de la enorme variedad de ambientes marcados por el clima y el paisaje:

³⁶ Ottmar Ette, *op. cit.*, p. 21 y 22.

³⁷ Las citas son del libro de Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, Porrúa, p. 32.

³⁸ Véanse cartas XII y XVI, p. 101 y 139, respectivamente.

³⁹ *Ibidem*, p. 23.

El espectáculo era pintoresco y sorprendente a la vez: las chozas de bambú, techadas de palma; las indias, con su negro y largo cabello, paradas en las puertas con sus niños semidesnudos; las mulas revolcándose en la tierra, siguiendo su costumbre favorita; cabras blancas como la nieve, ramoneando entre las palmeras; el aire suave y perfumado, el primer soplo fresco de la mañana; las gotas de rocío brillando aún sobre las anchas hojas del plátano y de la palmera, y todo cuanto nos rodeaba, tan silencioso, tan fresco y apacible.⁴⁰

El encanto por los escenarios mexicanos se daría pronto, primero por la fisonomía de Jalapa, “tan vieja y gris, cubierta de rosas, en donde de cada una de las abiertas puertas y ventanas, se dejan oír las notas de una melodía; con su suave y agradable temperatura, ofrece, aun cuando fuere por breves horas, una abundancia de impresiones que no podrán borrarse fácilmente”.⁴¹ Recalca el cambio del entorno y de la vegetación al pasar de la zona caliente a los bosques de montaña y al “malpaís” con su aspecto “lúgubre”, producto de su fisonomía volcánica y rocosa: “La escena era demasiado grandiosa y salvaje, y, a la vez triste y monótona”, dice, siendo siempre romántica su sensibilidad.

Su emoción se desborda cuando está tan cerca de la meta de su viaje: la ciudad de México. Sin embargo, la realidad se revela decepcionante frente a sus ensoñaciones, ya que el área de las antiguas *lagunas* está ahora ocupada por un campo llano y árido de “desoladas tierras pantanosas”. No obstante, tiene una buena impresión de la capital de México: de su Alameda (por sus árboles, flores y fuentes), de calles como la de San Francisco (“la calle más hermosa de México”), de la catedral (¡en la que ve un bonito edificio construido con mal gusto!) y del Palacio del Arzobispado (¡edificio grande y hermoso!).⁴² En cuanto al castillo de Chapultepec, la autora da un melancólico trazo que inclusive pudiera considerarse parte de la realidad actual, pues ¡después de los siglos el sentir queda!⁴³

Describe además, desde la terraza del mismo castillo, una gozosa imagen de la perspectiva del valle, cuya “grandeza es imposible de imaginar” y ante el cual sucumbe varias veces Madame Calderón (que le hace remontarse en su imaginación hasta la época de la conquista de Cortés):

Toda la extensión del valle de México se desenvuelve como un mapa; la ciudad misma, con sus innumerables iglesias y conventos; los dos grandes acueductos que cortan la llanura, y los álamos, y los chopos de las calzadas que conducen a la ciudad, circundada por pueblos, lagos y planicies. [...] y este cielo de turquesa, siempre ri-

⁴⁰ *Ibidem*, carta V, p. 29.

⁴¹ *Ibidem*, p. 34, 38-39.

⁴² Howard y Marion Fisher, *Life in Mexico. The letters of Fanny Calderón de la Barca*, p. 106, y Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, carta VII y X, p. 53-55 y 84, respectivamente.

⁴³ Así describe Fanny Chapultepec: “está a una corta legua de México, y que encierra él solo más recuerdos que todos los demás sitios que por sus tradiciones pueda México vanagloriarse. Si estos blanquecinos cipreses pudieran hablar, qué de historias no nos contarían; ellos, que han estado de pie, con sus barbas largas y grises, extendiendo sus venerables brazos, centuria a centuria”. Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, carta VIII, p. 60.

sueño, da a este paisaje, que contemplamos desde la altura, una belleza quizás sin paralelo.⁴⁴

Aunque es más de su gusto observar la “ciudad de los palacios” a la luz de la luna, una imagen de la que sólo la poesía podía dar “una pálida idea de una escena tan bella”:

Aunque para gozar de una verdadera vista de noche tendréis que subir a la azotea, y contemplar a México dormido a vuestros pies; todo el valle y la ciudad misma flotando en el plenilunio; la altísima bóveda azul engastada de estrellas y mientras las montañas se bañan en plata, los blancos volcanes parecen unir cielo y tierra.⁴⁵

Otra imagen romántica que parece escrita para una novela inglesa es la descripción del viejo convento de San Fernando de la capital, al que considera, otra vez, pintoresco, pues “cuando se asoma la luna o se pone el sol, ofrece una visión de los tiempos clásicos”:

A esta hora, en que me encuentro sola en el jardín de altas paredes, cuando el convento suelta sus esquilas, y los ventanales góticos [sic] con rejas de hierro, y el verde gris de los olivos, tan irreales en su quietud, se iluminan por los rayos postreros del sol, todo se me aparece como en una alucinación, a modo de un dibujo casi borrado en la memoria, o de un recuerdo romanesco. Después se oculta el sol con un rojo de furor detrás de las montañas coronadas de nieve, cubriéndose sus majestuosas faldas de un rosa encendido, en tanto que se extienden las grandes y negras nubes como alas de la noche; y es cuando ha llegado la hora de recordar que éste es México, y que si sobre él han caído todos los males [políticos], la memoria de su romántico pasado aún persiste.⁴⁶

Comenta que los alrededores de México, monótonos llanos con poca vegetación y tierra mal cultivada, preservan una imagen romántica por sus haciendas abandonadas e iglesias en ruinas, así como por su magnífico clima y un cielo siempre despejado. No obstante, Fanny comparte la opinión europea generalizada de que “cuanto es necesario al hombre puede producirse con poco trabajo” en este país. Todo concurre “a situar este paisaje entre aquéllos por donde es imposible pasar con indiferencia”.⁴⁷

Más allá del valle de México, en las llanuras cercanas del lago de Texcoco, describe el sitio plásticamente al mencionar “sus aguas que brillan como un lienzo de plata fundida”, lo cual queda sin embargo atrás al dirigir su atención al paisaje

⁴⁴ *Ibidem*, carta VIII, p. 62. Sobre sus ensoñaciones históricas con el pasado de la antigua Tenochtitlan dice: “y mientras la vista se esforzaba en la contemplación del fondo del valle todo se me fue apareciendo más bien como una visión del pasado que como una revelación del presente, actual y palpitante”. *Ibidem*, carta VI, p. 44.

⁴⁵ *Ibidem*, carta X, p. 82.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 80.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 83. A lo largo de sus cartas no deja de admirar las diferentes vistas del valle de México hasta su salida en el día de año nuevo de 1842. Véase su última descripción: *ibidem*, carta LII, p. 456.

general, “que tiene un aire de melancolía, inmensidad y desolación” a falta de vegetación y humanidad. Otro sitio pintoresco es el camino a las pirámides de Teotihuacan, donde refiere cómo la vista de estas construcciones excita la curiosidad de todos los viajeros que han sucedido a Humboldt, como Henry George Ward y William Bullock. Los llanos de Apan son “una región agreste y solitaria, con colinas detrás y rocas enfrente y rodeados por grandes llanuras sin labor y campos de pastura”, que tienen apariencia de *grandeza salvaje*: “Es difícil imaginarse cómo se puede vivir en una soledad tan absoluta”.⁴⁸ Nunca encontraría parajes “más románticos” que en los caminos a Morelia, “entre nobilísimos bosques”, cuyos fresnos y pinos cubren las más altas cimas. Es aquí donde plasma con sensibilidad el agudo contraste entre el campo despoblado (escena salvaje) y la aparición de una gran ciudad (escena de civilización): “Produce un efecto extraño, después de viajar durante varios días por estos contornos tan agrestes, en los que no se ve sino alguna que otra hacienda solitaria o la choza de un indio, entrar a una hermosa ciudad” entre la pureza de su atmósfera y la excesiva belleza de su cielo, únicos de México.⁴⁹

Los paseos *a campo traviesa* los define agradablemente como “una suerte de jornadas en sí, tan sin trabas y divertidas, que con todas sus fatigas e inconvenientes, las encontramos deliciosas, cien veces preferibles aun a viajar en el más cómodo de los carruajes londinenses”,⁵⁰ concediendo la victoria a la aventura romántica por sobre las comodidades modernas europeas. Esta predilección por los parajes ruinosos, como el del viejo convento carmelita en Cuajimalpa, se debe a lo romántico de encontrar un sitio antiguo en la solitaria belleza natural.

Como se observa, hay una concepción bucólica en el entramado de la narración de las cartas finales, donde la autora expresa su opinión de que la belleza sólo le pertenece a la naturaleza, pues lo humano es sólo un carácter accesorio del paisaje. Esto es debido a que los escenarios con que ella topa en las sierras y montes mexicanos (de “¡un despilfarro de belleza!”) forman cuadros donde no se observa ni choza, ni ser viviente, ni rastro alguno de labor humana. Expresa la idea de que la belleza de las salvajes, boscosas y volcánicas regiones (a veces “horrible”) está distanciada de la tranquilidad y la armonía humanas. Ejemplo es el Popocatepetl como imagen de la materialización de lo etéreo en la tierra, con gran magnificencia y luminosidad, y afirma con contundencia que “no es posible contemplar y vivir al mismo tiempo”.⁵¹

El concepto de la “ciudad pintoresca” lo componía con la conjunción de características sociales peculiares de la población mexicana como en este cuadro: “Las calles llenas de gente, [...] y en un cielo transparente, el sol dejaba caer sus rayos sobre un conjunto de vivos colores; y los pintorescos grupos de soldados, frailes, campesinos y señoras de velo; la falta absoluta de proporción en los edifi-

⁴⁸ *Ibidem*, carta XVI, p. 132-136 y 140.

⁴⁹ *Ibidem*, carta XLIX, p. 417.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 421.

⁵¹ *Ibidem*, p. 424-426, sobre el Popocatepetl véase carta XXXIV, p. 288.

cios, el primor de tantas iglesias y viejos conventos; y ese aire de grandeza que reina por todas partes, aun en donde el tiempo puso su mano o dejó en ruinas el talón de hierro de la revolución, todo contribuye a mantener la atención alerta y excitar el interés”.⁵²

Su opinión sobre la participación política de la sociedad mexicana es negativa, pues le pasma la pasividad que muestra el “pueblo soberano” durante los “pronunciamientos”, esperando las resoluciones de los jefes militares como si éstas fueran “juicios divinos”.⁵³ Simplemente la necesaria continuidad de la vida cotidiana superaba la inacción política, manifestándose apatía por parte de todos los grupos productivos, incluso entre los hombres más distinguidos,⁵⁴ lo cual contrasta con las pasiones desatadas por los juegos de azar y otras diversiones populares que eran practicadas en la fiesta de San Agustín de las Cuevas (Tlalpan). Asimismo, no deja de reconocer la relación entre la riqueza de los propietarios y la pobreza general. Sin embargo, su visión de clase le hace decir que encuentra la prosperidad de México en el bienestar de las primeras familias de la nación, cuyas virtudes bastarán para salvarlo de la ruina, lo que demuestra su pobre análisis de la complejidad social y económica del problema. No obstante, este juicio fue compartido por escritores contemporáneos, tanto extranjeros como mexicanos. En otro pasaje del libro menciona que “sólo se requiere un gobierno estable para hacer de este país uno de los primeros del mundo”.⁵⁵

Al hablar sobre diversos episodios históricos de la historia mexicana exclama, con justa razón, su admiración por ella, pues “México es tan rico en tradiciones, que si me refero a [una] en particular, es sólo porque estamos viviendo en el mismo sitio en donde ocurrió el hecho”, expresando la gran carga histórico-espacial de la ciudad de México, tanto de su pasado antiguo como del virreinal y republicano.⁵⁶ Asimismo reconoce en el culto un aspecto valioso para la debida valoración de los mexicanos, pues afirma que México “debe mucho de su peculiar belleza al sentimiento religioso y a la superstición de sus habitantes”.⁵⁷ Por otra parte afirma que todas las obras españolas, así “como la mayor parte de sus grandes ideas”, originadas por los conquistadores, se encontraban en total desolación y esto se explica porque en el pasado ellos “parecían construir para la eternidad, dejando en sus obras la huella de su carácter duro, grave y religioso”.⁵⁸ La grandeza en México se debía no sólo a la monumentalidad de las construcciones sino a la hospitalidad del pueblo mexicano, siendo una auténtica riqueza y gusto el trato social.

Advierte la diferencia de visión de mundo y de contraste cultural entre la forma de pensamiento en los Estados Unidos, donde “Todo publica bienestar,

⁵² *Ibidem*, carta VII, p. 53.

⁵³ *Ibidem*, carta XXIV, p. 215, también cartas XLIII y XLIV, p. 357 y 361, respectivamente.

⁵⁴ *Ibidem*, carta XXXVII, p. 306, y carta XXI, p. 177-180.

⁵⁵ *Ibidem*, carta XLVI, p. 385. Opina que Santa Anna puede alcanzarlo, pero no sabe de qué manera.

⁵⁶ *Ibidem*, carta XI, p. 90.

⁵⁷ *Ibidem*, carta XXXVIII, p. 312.

⁵⁸ *Ibidem*, carta XXVI, p. 229, y carta L, p. 441.

igualdad y consistencia; olvido del pasado, [pues] sólo existe el presente y el futuro se entrega a su propia suerte. Nadie le presta atención a la posteridad, que nunca puede pagar sus deudas”, y la que hay en México, pues aquí “Es el presente el que parece un sueño y un desvanecido reflejo del pasado. Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizás nunca verán”.⁵⁹ En sus últimas misivas, la autora percibe una visión de futuro materialista y vertiginoso que abarcará el orbe (propio de la era moderna) que se inicia en su mismo presente, a mediados del siglo XIX.⁶⁰

Su aprendizaje de viaje

Después de dos años de vivir y transcurrir entre tierras mexicanas, Frances Erskine Calderón de la Barca se había acostumbrado a observar y sensibilizarse ante las imágenes y los ambientes que un día le parecieron sobrecargados, caóticos y llenos de tintes sin comparación. Ya no considera, por ejemplo, excesivo el lujo del interior de los templos mexicanos, sino que los ve decorados con “buen gusto”, pues ya no le parecen “ni recargados ni de oropel”. Ahora reconoce también las grandes obras de los españoles en sus antiguas colonias, elogiando así el pasado y la herencia hispánica, y dice “convencerse de la nostalgia por los tiempos idos”.⁶¹

Ya al año de residencia en México se advierte una conversión del aspecto curioso que hallaba en sus primeras cartas hacia lo *pintoresco*:

¡Y con qué diferente aspecto vemos ahora todas las cosas después de un año! Hoy nos rodean paisajes y acentos familiares, y sobre todo caras amigas. Pero aun cuando haya podido desaparecer la novedad con todos sus encantos y sus *desagrèments*, nada existe en México que parezca vulgar. Todo alcanza grandes proporciones y todo tiene un aire pintoresco [...]⁶²

y todo ofrecía así un encanto romántico. En síntesis: durante sus andanzas por México Fanny nunca deja de manifestar una buena opinión del país porque, además de no renunciar a divertirse, siempre atiende a la *grandeza moral* de lo

⁵⁹ *Ibidem*, carta XXXVIII, p. 312-313. Incluso se llega a levantar la profecía de una incorporación al poder yanqui al escribir: “Que estén alertas, no sea que al cabo de medio siglo despierten del error y se encuentren que la catedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la Virgen se vendieron al mejor postor; que el piso ha sido lavado, y que todo está rodeado por una nueva y preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo ello realizado por algunos artistas de la ‘despierta’ y *lejana* República del Norte”.

⁶⁰ Al hablar del arte plumario, dice “el arte casi se ha perdido del todo, y, además ya no pertenece a una época como la nuestra, tan materialista. Nuestros antepasados disponían de más tiempo, y es posible que nuestros descendientes digan lo mismo respecto de nosotros, pero aunque así no fuere, ellos serán capaces quizá, y debido a la fuerza de las circunstancias, de ‘Dar la vuelta al mundo en cuarenta minutos’”, prefigurando así la imagen del mundo comercial contemporáneo unido a través de las nuevas comunicaciones, que daba la espalda a la historia. *Ibidem*, carta L, p. 435.

⁶¹ *Ibidem*, p. 439 y 441.

⁶² *Ibidem*, carta XXX, p. 255.

que la rodea: “hay mucho que ver, y la gente es muy amable y amistosa en su trato”, al grado que “cualquiera que sea el tiempo en que tengamos que partir, estoy convencida de que tendremos el sentimiento de hacerlo sin conocer aún muchos lugares dignos de interés”.

Sin embargo, no ocurre así con el encanto que el medio ambiente ejerció durante más de año y medio en la mente de la escocesa. Antes de abandonar México, al pasar por Jalapa, y regresar por el mismo camino que dos años atrás recorrieron por primera vez, “las casas parecen más hermosas que antes y menos bella la naturaleza”. Su explicación sobre ello es que ya no hay “motivo de asombro y de admiración” en un lugar en donde la vegetación nunca pierde su verdor. No obstante, al final de su viaje comenta, “a pesar de la costumbre que todo lo nivela, un paisaje semejante nunca puede verse con indiferencia”. Así, si ya no hay *novedad* alguna en las cosas que descubre, sí hay, sin embargo, una muestra de *sorpresas*.⁶³ Su visión estética de México quedaría expresada al comentar que en cada paisaje natural era posible encontrar un rasgo de belleza y un encanto dignos de ser representados por cualquier tipo de arte.

Encontramos así un proceso de inversión en sus concepciones de belleza: el encanto ya no radicaba tanto en la exuberancia de la vegetación sino en la apacibilidad del *trato social* del pueblo de que fue objeto como viajera. De esta forma, el primer aspecto de atracción que era la perspectiva del paisaje es reemplazado por la sensibilidad social que las vivencias del pueblo mexicano provocaron en el carácter un tanto frío y superficial de la extranjera. Al final lo que más le duele es separarse de la agradable hospitalidad y del verdadero afecto de las personalidades a las que trató y con quien compartió en un buen número de ocasiones sociales en México.

De igual modo muestra un desencanto por las costumbres que le habían llamado tanto la atención al comienzo de su estancia: “Después, la indumentaria misma, que al principio parecía tan romántica, la alta silla al estilo moro, la manga bordada de oro, el sombrero ancho que ensombrece más el acobrado rostro del hombre, el llamativo refajo y los colores del rebozo, y el largo cabello negro de las mujeres, aunque todavía pintorescos, ya no tienen el encanto de la novedad, y ya no llaman, por lo tanto, nuestra atención”. Al final de su obra termina con una frase que sintetiza todo lo antes dicho: “La primera impresión puede ser de importancia si sólo se la toma como tal; mas si se le concede el valor de una opinión definitiva, ¡en cuántos errores se puede incurrir!”⁶⁴ Fanny reconoce de esta manera el verdadero valor del viaje, que es aceptar que las impresiones de un pueblo o cultura ajenas deben ser bien analizadas y no precipitadas en opiniones sin fundamentos.

Sin embargo, la cualidad romántica de sorpresa que nunca se pierde en su obra *Life in Mexico* se relaciona con su percepción histórica, la cual, al igual que su interés estético en los paisajes naturales, fomentaría la imagen de un pueblo único y singular en el mundo. La percepción histórica de Frances se puede

⁶³ *Ibidem*, p. 457.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 457 y 460.

entender como una continua búsqueda del pasado en el presente, en donde el recordatorio de un pasado hispano grandioso o de la herencia enigmática indígena se hallan en todo sitio donde exista población mexicana. En todo lugar visitado por Fanny hay una referencia a nuestro pasado, ya sea un monumento, una ruina, una iglesia o la calle misma, que resguarda un contenido histórico tangible debido a que este espacio ha sido el escenario de un hecho pretérito de importancia en la historia del país —como lo fue el pasado mexicano, la conquista o la lucha por la independencia—, aunque en la imaginación de la viajera escocesa representa más bien una figuración romántica de un pasado legendario. El pasado enigmático de México queda fincado de esta manera en la conciencia de los extranjeros, particularmente de los anglosajones desde 1843.

La historia de México en cuestión se funda esencialmente en los rasgos propios que por entonces conforman la idea de nación: el pasado y las costumbres. Estas últimas y el llamado “carácter nacional” son las características singulares que Fanny señala y por las que se interesa a lo largo de *Life in Mexico*. Es de resaltar que la búsqueda de lo típico o de los rasgos mexicanos por los propios mexicanos decimonónicos se origina incidentalmente en las vastas descripciones, llenas de curiosidad, dejadas por viajeros extranjeros como Frances, quienes vienen a México tras su independencia. Fanny, cuya llegada se debe y coincide con el reconocimiento político de la antigua metrópoli, se encuentra con una realidad única que merece ser contada a otras latitudes y que una vez leída por los mexicanos incita a éstos a una revaloración de las costumbres nacionales, ya sea para contrariar o reiterar lo que decía la viajera. Se trata de intelectuales que, contagiados en su mayoría por el amor propio de la nacionalidad, niegan los defectos sociales descritos por los viajeros y alaban en contrapartida las virtudes mexicanas reconocidas por éstos.

Críticas a la marquesa desde México

Se vio ya cómo varios de los escritores mexicanos de la época respondieron agríamente a los comentarios y observaciones que Calderón de la Barca plasmó en sus cartas. El primero en mostrarse injusto con ella fue Martínez de Castro, quien resintió las críticas dirigidas a nuestra cultura social mexicana. Sin embargo, hemos de aclarar que él no pudo tener acceso a la obra completa de Frances, o por lo menos no pudo traducirla del todo, ya que a lo largo de las cartas de la viajera también encontramos el reconocimiento a una serie de virtudes no sólo de los criollos sino principalmente de los hombres y las mujeres del pueblo, y entre éstos especialmente los indígenas, a lo que no se hace mención en las críticas de Martínez de Castro.

Por su parte Manuel Payno, apremiado por la necesidad de recorrer su propio país para averiguar la veracidad de los hechos descritos por viajeros extranjeros,⁶⁵

⁶⁵ Su texto *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843* fue resultado de un encargo puramente editorial de Ignacio Cumplido para el diario *El Siglo Diez y Nueve*, lo que a su vez contribuyó al despegue de la carrera literaria de Payno

promovió una crítica nacionalista a la mirada extranjera que menospreciaba los aspectos culturales de México. Estos últimos, debido a las arraigadas costumbres del país, eran considerados por él como intachables o no susceptibles de crítica alguna. La necesidad mexicana de describir paisajes y costumbres, tipos populares y hechos cotidianos se explica por el contraste entre las perspectivas que sobre la misma época albergaron los viandantes foráneos y los nacionales del siglo XIX. Aunque, a decir verdad, hay que reconocer que las observaciones mexicanas coincidieron en muchos aspectos con las de los irreverentes viajeros, pues compartían al fin y al cabo un horizonte cultural proveniente de Europa, con ideas e intereses de clase semejantes.

Por último, mencionemos al francés Mathieu de Fossey, quien más que un viajero fue un inmigrante radicado durante varios años en México. Él expresó el juicio más acertado entre los escritores que criticaron a Frances Calderón de la Barca; sin embargo, cabe aclarar que a él también le faltó una visión completa de *Life in Mexico*. Por una parte tuvo razón al comentar que la marquesa se inclinaba mucho por el análisis y no se mostraba capaz de abreviar sus observaciones, de ahí que “sacrifica la síntesis al análisis”. Sin embargo, debemos advertir que en la obra de la marquesa se hallan atinadas críticas y brillantes juicios que no interrumpen la trama narrativa de las características sociales del pueblo mexicano, justo lo que Fossey entendía como la “filosofía del carácter nacional”. La obra *Life in Mexico* proporciona una buena imagen de la cultura mexicana y es precursora en la conformación de estereotipos de lo mexicano en el siglo XIX. La autora valora ante todo los hechos pasados que se reflejan en la cultura mexicana, pues ve que el Pasado vive en nuestro Presente.

Finalmente, un gran acierto de Fanny Calderón de la Barca (que desmiente la falta de capacidad atribuida por Fossey) es reconocer la utilidad de que el viajero proceda a “revisar sus juicios en diversos periodos, a fin de corregirlos”, pues como ella misma comenta: “La primera impresión puede ser de importancia si sólo se la toma como tal; mas si se le concede el valor de opinión definitiva, en cuántos errores se puede incurrir”. Este último juicio, aunque sea sucinto y al parecer breve, permite contradecir los juicios lapidarios de Martínez de Castro, Altamirano y Fossey, pues señala la posibilidad de que un viajero realice un examen autocrítico de su escrito de viaje. En esto hay una diferencia singular entre ella y otros viajeros que vinieron a México a escribir sobre la cultura, historia y política de una nación tan pintoresca como única, así como con los que vieron en México una amalgama de vicios, un país falto de desarrollo social y cultural, como Joel Roberts Poinsett, Isidore Löwenstern y Michel Chevalier.

Por lo hasta aquí escrito a nadie puede sorprender que hacia la cuarta década de vida independiente escritores mexicanos como Luis de la Rosa, Manuel Payno,

en otros periódicos de la época. Esta obra fue escrita a manera de cartas (al igual que *Life in Mexico*) enviadas por Payno a su amigo Fidel (Guillermo Prieto). Cfr. Manuel Payno, *Obras completas. I: Crónicas de viaje*, prólogo de Blanca Estela Treviño, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 20, texto p. 46-148.

Martínez de Castro y Guillermo Prieto experimentaran la necesidad generacional de conducir el desarrollo y el destino de una literatura nacional capaz de aportar a la consolidación del Estado-nación, de suerte que la independencia de éste no debía quedar en lo meramente político sino también abarcar lo cultural. La literatura nacional originada a mediados de la década 1840-1850 fue el germen para la consolidación de la literatura costumbrista del último cuarto de siglo XIX, cuyos máximos exponentes vinieron a ser Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Payno. Esta búsqueda de la identidad surgió originalmente de un encuentro con las visiones extranjeras de nuestra cultura y de la consecuente crítica a las mismas.

Conclusiones

Por ser mujer y viajera, Frances Calderón de la Barca describe todo lo que ve, lo que oye y lo que puede aprender “con una sensibilidad muy distinta y también diferente intencionalidad” (María Bono). En sus recorridos muestra mayor interés por los detalles que por lo que pueda arrojar un estudio profundo de los ambientes sociales que conoce. Se sabe que sus observaciones sobre la conducta social de los extranjeros en México, al ser consideradas verídicas en Estados Unidos, fueron utilizadas como guía por los oficiales del ejército estadounidense durante la ocupación de la capital mexicana durante la guerra de 1847.⁶⁶ *Life in Mexico* tiene además una gran trascendencia en nuestra propia cultura literaria mexicana en tanto que referente histórico innegable. Su obra puede ser catalogada como “costumbrista” y también superficial, pero considero que más bien es una narración integradora de dos vertientes de literatura de su época: la descripción social de los hechos políticos y las costumbres, todo lo cual relata a lo largo de sus cartas, y su tipo personal de escritura, marcada por el romanticismo decimonónico que la impele a asociar el hecho vivido con el acontecer histórico, en lo que se expresa una necesidad de comprensión de “otra realidad, ajena, distinta y exótica”: la comprensión de la cultura mexicana.

Su visión histórica también está saturada por un sentimiento de asombro y la posterior comprensión de una realidad que la conquista. De esta forma, el aprendizaje de viaje mencionado por Albert Montémont en su cita ya transcrita —“viajar es aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a convertirse en alguien mejor”— se cumple fehacientemente en Frances Calderón de la Barca. Ella logra reconocer el carácter de la sociedad mexicana y sus diversas costumbres, así como interesarse en la historia de una nación ajena y describir con gusto romántico el ambiente del país, albergando opiniones cada vez más claras sobre el México decimonónico. De esta manera, una estancia de carácter diplomático permitió a una mujer romántica del siglo XIX entrelazar su propia existencia con la del México que conoció. □

⁶⁶ María Bono López, *op. cit.*, p. 193.

El primer francés en el noroeste de México. Los relatos de Gabriel Ferry

Juan Domingo Vidargas del Moral

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Al iniciarse la vida independiente de México también comenzó una silenciosa invasión de “viajeros”, así llamados genéricamente, provenientes de todos los rincones de Europa y de la recién surgida república de los Estados Unidos de América. De ese grupo de mercaderes, aventureros, científicos y diplomáticos, me ocuparé de uno de los primeros franceses que recorrió muchas regiones de México y escribió sobre diversos temas y escenarios, aunque dedicó buena parte de su obra a la región noroccidental de México.

Para ubicar a este viajero en el contexto regional, debe hacerse una pequeña introducción a los escritos de los “extranjeros” en el noroeste. Es bien sabido que durante el periodo colonial las autoridades prohibieron drásticamente la visita de cualquier individuo que no fuera súbdito del imperio español a los extensos territorios americanos. Sin embargo, el noroeste novohispano fue una de las regiones donde se registró una mayor presencia de viajeros o residentes no españoles que dejaron testimonio escrito de sus impresiones sobre la tierra. Baste con citar a Eusebio Francisco Kino, Juan Nentvig e Ignaz Pfefferkorn, entre el numeroso grupo de misioneros jesuitas no españoles, a quienes, en vista de sus prolongadas estancias en Sonora, difícilmente puede calificarse de viajeros, por mucho que su formación y acuciosidad centroeuropea confiera un carácter especial a sus escritos.

Como decíamos anteriormente, al consumarse la separación de México y España empezó el desfile de visitantes no españoles que se apuraban a explorar, reportar, sopesar, analizar, espiar y, en fin, revisar, este nuevo país, que era uno de los más grandes del mundo por esos años. En aquella época Inglaterra era la primera potencia mundial, y ya desde antes de firmarse el Tratado de Amistad y Comercio entre esa nación y México (1825) varios comerciantes y empresarios británicos habían iniciado sus actividades en este país. Respecto del noroeste mexicano hay que citar en primer término a un coronel Bourne, quien en 1825 recorrió California, Sonora, Sinaloa y Durango para presentar un reporte socioeconómico y político al embajador inglés en México, Henry G. Ward, quien a su vez lo incorporó a la obra que hoy se conoce con el título de *México en 1827*.¹ Casi al mismo tiempo recorrió el noroeste un joven teniente llamado Robert W. Hardy, quien permaneció algún tiempo más en la región ocupado en empresas particula-

¹ Henry Ward, *México en 1827*, estudio preliminar de Maty F. de Sommer, traducción de Ricardo Haas, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 788 p., mapas, ils. (Biblioteca Americana). El título en inglés es *Mexico in 1827*, obra publicada en Londres por H. Colburn en 1828. El informe de ese Bourne, secamente mencionado así, entre corchetes, está en las páginas 753 a 778 de la edición mexicana.

res, como la pesquería de perlas, y todo tipo de aventuras que luego relató en una obra titulada *Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 and 1828*.²

Mientras que el trabajo de Bourne es un reporte estadístico y semioficial incorporado a la extensa obra de Ward, el de Hardy es un relato abigarrado que contiene tanto datos estadísticos como narraciones costumbristas de sus andanzas, escritas en un tono satírico que raya en lo bufo. Me limito a estos ejemplos para dar una visión sucinta de los viajeros extranjeros que precedieron a Louis de Bellemare-Gabriel Ferry, en su visita al noroccidente de México y en sus impresiones escritas sobre esas tierras, nuevas a los ojos de estos europeos no españoles.

Louis de Bellemare, quien utilizó el seudónimo de Gabriel Ferry al desarrollar una carrera literaria en forma alterna a los negocios familiares, nació en Grenoble en 1809, al sur de Francia y al pie de los Alpes, en el seno de una familia que ostentaba títulos de nobleza y que aparentemente tenía una posición acomodada, como para tener intereses comerciales en varias partes del mundo. La familia tanteó la posibilidad de hacer negocios en México, un territorio casi inexplorado por los empresarios franceses. El barón Ferry de Bellemare,³ radicado en México poco después de la independencia, hizo venir a su hijo Louis, probablemente para que le ayudara en sus empresas mercantiles y de paso poner a prueba el temple del joven de 21 años.

Ya fuera por su cuenta o siguiendo dictados familiares de índole mercantil, viajó al puerto de San Blas, enclavado en el actual estado de Nayarit y lugar de vieja prosapia colonial, donde se embarcó en la goleta *Guadalupe*. Sabemos de su paso por Pichilingue, puerto cercano a La Paz, y luego su visita al pequeño poblado que era por entonces San Francisco, en la Nueva California, frontera extrema de la república mexicana.

No sabemos si el trayecto Pichilingue-San Francisco lo realizó en barco (muy probablemente) o a caballo (muy difícilmente) ni cómo regresó a la Antigua California, pero sí tenemos noticias de que se embarcó en algún puerto de esa provincia para cruzar el mar de Cortés y desembarcar en Guaymas. Desde ahí recorrió parte del estado de Sonora en un itinerario que incluyó las poblaciones de Hermosillo (el antiguo Pitic), Arizpe, Bacoachi y finalmente Tubac, “enclave dudoso sobre los confines de la república y el desierto”.⁴ Eventualmente regresó a la ciudad de México, 14 meses y 1 400 leguas después (7 000 kilómetros, aproximadamente) y permaneció en la república mexicana hasta 1837 recopilando información e impresiones de diversas regiones del país. Más adelante comentaremos la huella que dicha estancia dejó en su vida y obra.

² Edición original inglesa: Londres, H. Colburn y R. Bentley, 1829, 539 p., ils. La edición en español se titula *Viajes por el interior de México en 1825, 1826, 1827 y 1828*, presentación de Ernesto de la Torre Villar, traducción de Antoinette Hawayek, México, Trillas, 1997, 384 p., ils.

³ Aquí cito textualmente la información que proporciona Alberto Cue, traductor y presentador de la obra de Ferry titulada *Escenas de la vida salvaje en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2005, 336 p. (Colección Clásicos para Hoy), p. 9.

⁴ Gabriel Ferry, *Les révolutions du Mexique*, prefacio de George Sand, París, 1864, XX-255 p.

Conocemos de su presencia en España durante la década de 1840, en plena guerra carlista, y también de sus viajes por Rusia, por buena parte de Europa central y por los Estados Unidos. En 1852 residía de nuevo en Francia cuando, por su experiencia previa, fue nombrado cónsul de su país en San Francisco, que para entonces ya formaba parte de los Estados Unidos tras la guerra librada contra México en 1846 y 1847, y ya era un activo puerto mercantil, imán para aventureros de todo el mundo que acudían contagiados por la “fiebre” del oro desatada desde 1849.

Durante todas sus correrías Louis de Bellemare empezó a manifestarse como escritor con el seudónimo de Gabriel Ferry, y en el corto espacio de seis años (1846-1852) había alcanzado la fama literaria con novelas ambientadas en el México de la época de la guerra de Independencia y las primeras décadas de su vida independiente, así como en escenarios exóticos de diferentes regiones mexicanas y del río Mississipi. Siendo pues uno de los pocos franceses que conocía las regiones del Pacífico septentrional, aceptó el puesto diplomático que se le ofrecía, pero poco después de emprender el viaje rumbo a California, desde las costas de Inglaterra, se declaró un incendio en el barco y Bellemare-Ferry fue uno de los que perecieron en el naufragio, a la edad de 43 años.

Esta es, en breves líneas, la vida de Louis de Bellemare, autor de *romans* u obras noveladas —excepto una, de las que conozco—⁵ cuya principal característica fue retratar la vida mexicana en múltiples y fascinantes aspectos, con descripciones de un gran lirismo —típicas del romanticismo— sobre el paisaje en regiones tan diversas como la ciudad de México, Oaxaca, Veracruz, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Baja California y Sonora. Sus argumentos estaban apoyados en episodios heroicos de la historia de México, pues tuvo la suerte de contar con muchos testimonios de los protagonistas de estos hechos, los cuales le sirvieron de inspiración para los personajes de sus relatos de la vida mexicana, así como un tono costumbrista expresado en las reseñas de fiestas, vestimentas, giros del lenguaje y la descripción de todo tipo de ambientes sociales.

George Sand —Armandine Lucille Aurore Dupin (1804-1876)—, una de las novelistas y dramaturgas de primera línea en la Francia de mediados del siglo XIX, famosa por sus obras, por su actividad como crítica literaria y por sus tormentosos romances con destacados personajes del romanticismo, como el escritor Alfred de Musset y el músico Frédéric Chopin, se expresaba así del estilo literario de Ferry al prologar una de sus obras: “Escribe bien, es sobrio y rápido, tiene humor, ve pronto y comprende todo. Es un observador exacto y pinta con suficiente colorido”.⁶ Esta opinión de George Sand, que bien podemos hacer nuestra, tiene una gran significación y revela que Bellemare-Ferry alcanzó renombre en el ambiente literario más exigente de aquellos tiempos.

A propósito de ambientes literarios debemos señalar que conforme la artesanía editorial mejoró y se fue extendiendo la costumbre y el gusto por la lectura, el gé-

⁵ La obra citada en la nota anterior.

⁶ Gabriel Ferry, *Les révolutions du Mexique...*, p. XII.

nero novelístico fue ganando terreno hasta que en el siglo XIX alcanzó una preponderancia comparable a la que el cine y los medios electrónicos tienen hoy en día. De acuerdo con los principios del romanticismo, corriente literaria en boga de aquel tiempo, hacer exaltación de los sentimientos y romper con toda norma clásica y académica eran una necesidad, con lo que surgió toda una generación de escritores cuyas novelas eran esperadas con avidez y que inclusive creaban corrientes de opinión dentro de la mentalidad colectiva. Eugène Sue y Honoré de Balzac encabezaron esta corriente en Francia mientras que en otros países destacaron autores como Jane Austen, Walter Scott, las hermanas Brontë, Charles Dickens, Nikolai Gogol, Fedor Dostoievski, Alessandro Manzoni y muchos más.

Fue en Francia, sin embargo, donde el género tuvo una gran popularidad hasta alcanzar cumbres encarnadas en autores como Stendhal, Victor Hugo, Alexandre Dumas y Jules Verne. Los dos últimos encabezaron también un subgénero conocido como *roman feuilleton*, novela de folletín, o popular, que inclusive se publicaba en revistas y periódicos por entregas. ¡Cuántas generaciones de niños, jóvenes, y hasta adultos se iniciaron en el hábito de la lectura a través de las aventuras de *Los tres mosqueteros*, del *Conde de Montecristo* o del capitán Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*!

Así pues, estos relatos del siglo XIX estaban inscritos dentro del marco filosófico-literario del romanticismo y dirigidos a un público burgués y urbano, expectante de melodramas y aventuras, por lo que no es raro encontrar en ellos abundantes dosis de “exotismo” para contribuir a una forma de evasión en la que la realidad debía sublimarse.⁷ Si a todo esto añadimos las circunstancias político-económicas del momento histórico europeo —en pleno apogeo de la Revolución Industrial y de una nueva ola de expansionismo— podremos comprender por qué había tantos viajeros por el mundo, lo mismo dedicados a la caza de oportunidades mercantiles que al retrato de sociedades y paisajes, tanto para la diversión de sus lectores como para información de sus gobiernos.

Bellemare en México

En el transcurso de los siete años que viajó por diversas regiones de México, Louis de Bellemare atesoró una serie de impresiones sobre las costumbres y los paisajes de la recién nacida república, que entremezcló con una serie de entrevistas realizadas a personas que vivieron los últimos tiempos de la dominación española y el surgimiento del México independiente. Todo ello constituyó el material que utilizó para dar forma a por lo menos cinco obras de ensayo y relatos de viaje, dos novelas formales y una obra de corte historiográfico que fueron escritas en la década de 1840 a 1850 y que hemos localizado en algunas bibliotecas de la ciudad

⁷ *La novela popular. Antología de Sue, Dumas, Verne*, estudio preliminar, selección y notas de Jorge B. Rivera, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981, 164 p. (Biblioteca Básica Universal, 140).

de México (especialmente la Biblioteca Nacional), las cuales enumeramos a continuación con una breve noticia editorial:

Escenas de la vida mexicana, Barcelona [¿1860?].

Escenas de la vida mexicana en 1825, introducción y nota biográfica de Germán Liszt Arzubide, México, Secretaría de Educación Pública, 1945, 87 p. Este pequeño libro, perteneciente a la valiosa Biblioteca Enciclopédica Popular de la SEP, fue el primer contacto que tuve con los escritos de Ferry gracias a los esfuerzos de Liszt Arzubide, quien reeditó la obra en 1974 con el título *La vida civil en México según Gabriel Ferry*, patrocinado por el Departamento del Distrito Federal y en la cual la paginación subió a 111 p.

Escenas de la vida militar en México, París, 1909, 326 p.; México, 1945, 274 p.; México, 1959, 326 p. Todas las ediciones son iguales en contenido, sólo varía la paginación según el formato.

Le coureur des bois ou les chercheurs d'or, 2 v., París, 1856. Sobre esta extensa novela, cuya trama se ubica en la Sonora de 1830, Liszt Arzubide publicó un fragmento de un capítulo en su edición de 1945 y en 1997 la Universidad de Sonora, en su Colección Alforja del Tiempo/3, me confirió el honor de seleccionar otros textos (seis capítulos traducidos por Mario Cuevas Arámburo) y elaborar el estudio introductorio y las notas pertinentes en una edición de 146 páginas cuyo título es *El cazador nómada o los buscadores de oro*. Acerca de esta obra haremos otros comentarios más adelante por su interés para la ambientación de Sonora.

Les révolutions du Mexique, prefacio de George Sand, París, 1864, [s. e.], XX-255 p. Esta obra es de corte historiográfico y en ella presenta descripciones y comentarios de personajes y acontecimientos históricos de Nueva España/México. El prefacio de George Sand es además muy valioso por los datos biográficos y los comentarios literarios acerca de Louis de Bellemare-Gabriel Ferry.

L'indien costal ou le dragon de la reine: scènes de la guerre d'indépendance au Mexique, París, Bouret, 1908. Otra novela, ambientada en la región oaxaqueña con el trasfondo histórico de la Independencia.

Les squatters; la clairière du bois des hogues, París, 1858, 259 p. La acción de esta novela se desarrolla esencialmente en la región del río Mississippi.

Existen otras dos obras registradas con su correspondiente ficha en la Biblioteca Nacional que no pudieron ser consultadas por haber desaparecido del acervo bibliográfico: *Impressions de voyages et aventures dans le Mexique et la Haute Californie et les régions de l'or*, Bruselas, 1851, 410 p., y *Vagabond life in Mexico*, Nueva York, 1856, 344 p. La segunda podría ser la versión inglesa de cualquiera de las obras mencionadas, pero la primera prometía ser una obra original y novedosa, o al menos interesante para estudiar temas mexicanos, especialmente del noroeste.

Escenas de la vida salvaje en México, traducción y presentación de Alberto Cue, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2005, 336 p. Felizmente hace poco apareció esta obra, cuyo título en francés, que data de 1847, es *Scènes de la vie sauvage au Mexique*, con relatos novelados sobre los pescadores de perlas del golfo de California y personajes sonorenses que podríamos calificar como “marginales”.

Era necesario hacer esta breve relación de las obras de Bellemare-Ferry para apreciar el conocimiento que tenía del noroeste mexicano, especialmente de Sonora, desde época muy temprana. Varios escritores franceses se ocuparon de esta región, pero Bellemare tuvo la precedencia física y cronológica de visitarla e incluso puede aventurarse la hipótesis de que sus relatos contribuyeron a reforzar la imagen de una Sonora fabulosamente rica en metales preciosos. Después de él viajaron a Sonora diplomáticos y empresarios, varios de ellos espías encubiertos con ambiciones expansionistas o bien desechados y desengañados de la California de la fiebre del oro. Cada uno de ellos contribuyó a incrementar las expectativas francesas acerca de Sonora hasta culminar en la expedición filibustera del conde Raousset-Boulbon, entre 1852 y 1854, y después con la intervención de Napoleón III para apoyar el efímero imperio de Maximiliano de Habsburgo.⁸

Dejemos de lado esa cara oscura de la divulgación literaria y de vuelta a la obra de Ferry debemos apuntar que, si bien sus textos resultan atractivos para cualquier lector por la agilidad de su prosa y la intensidad de sus relatos, que inclusive llegaban a caer en el lirismo, son especialmente interesantes para los historiadores, pues se preocupaba permanentemente por hacer referencias históricas donde involucraba a personajes y acontecimientos de la época. Esto era evidente, por obvias razones, en retratos de personajes y en relatos de viajes y costumbres, pero incluso en sus dos novelas ambientadas en México —*El indio costal* y *El cazador nómada*— hay continuos guiños y alusiones a situaciones políticas, nacionales y regionales.

La trama de la primera novela se desarrolla durante la guerra de Independencia en la región oaxaqueña y en ella se hacen constantes menciones de los caudillos insurgentes y de las características de la guerra contra la dominación española. Sobre la segunda novela, ambientada en el espacio geográfico de lo que hoy es el norte de Sonora, Arizona y territorios aledaños, y sobre la cual trataremos de algunos aspectos por separado, no podemos dejar de mencionar aquí la participación de un personaje caracterizado como “senador” sonorenses que tenía su residencia

⁸ Una buena obra sobre las correrías de Raousset-Boulbon y donde además se recopilan textos de autores franceses que acompañaron al filibustero, o reseñaron sus acciones, se titula *Un folletín realizado: la aventura del conde de Raousset-Boulbon en Sonora*, edición y prólogo de Margo Glantz, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 173 p. (Colección Sepsetentas, 75). Todavía no se ha trabajado formalmente sobre varios autores franceses, como Dufлот de Mofrás, por ejemplo, que escribieron reseñas sobre México en general y especialmente sobre el noroeste, las cuales deben ser estudiadas con cuidado por ser antecedentes de un plan intervencionista, aunque se encubrían bajo máscaras científicas o literarias.

en Arizpe, así como la descripción de la guerra librada en forma permanente contra las incursiones de los grupos indígenas nómadas en la frontera norte.

No cabe duda de que su estancia de siete años en México, aparentemente el período más largo que radicó en cualquier país fuera de su patria, le inspiró la parte más abundante de su producción literaria. Aparecen retratados en sus historias los más variados paisajes mexicanos, ya sean los de la ciudad de México y su entorno —hoy nos parece increíble la descripción del panorama que se observaba desde las torres de la catedral metropolitana—, o los de las lagunas costeras de Oaxaca, las agrestes serranías de Jalisco y Nayarit, “las aguas limpias y transparentes” del golfo de California o los enormes espacios abiertos de Sonora.

A través de sus escenas de la vida mexicana, plasmadas en sus obras de ensayos, puede apreciarse que conoció a todo tipo de personajes de la sociedad nacional y que, en general, guardó una impresión amable de ellos, algo distinta de la dureza de conceptos expresada por viajeros británicos, alemanes, norteamericanos u otros franceses. Esto no quiere decir que estuviera exento de manifestar la convicción de que el “ser” europeo implicaba una superioridad intrínseca sobre una raza mestiza muy lejana de ostentar prendas morales, culturales, intelectuales y físicas que permitieran el adelanto general del nuevo país y el individual de sus habitantes.

Mucho podría escribirse de sus andanzas por el México central o de sus relaciones con todo tipo de personas que le dieron información e inspiración para sus obras, pero queremos concentrarnos en su visión del noroeste de México. Esto significa repasar con mayor amplitud las impresiones de Louis de Bellemare del viaje que realizó a California y a Sonora y que se encuentran contenidas, según ya mencionamos, en el prefacio a *Les révolutions du Mexique*.

Al desembarcar en Guaymas, la primera impresión que tuvo de Sonora fue macabra, pues en las afueras del puerto pasó ante los cadáveres de siete indios —probablemente de la etnia seri—, colgados de varios árboles (algunos del cuello, otros de las piernas o brazos), cuyos cuerpos habían sido mutilados y a quienes habían colocado en sus manos grandes macanas de palo fierro (una madera muy dura, similar al mezquite); también estaban sin cuero cabelludo, y aunque el sol había cauterizado sus heridas y endurecido y secado la piel, habían sido festín de los buitres y de otras bestias. Bellemare se preguntó si “había tenido ante mis ojos un terrible ejemplo de sangrientas represalias o la huella de una agresión injusta por parte de los blancos”, reflexión que mucho honra su criterio de hombre abierto al análisis de todo tipo de circunstancias.

Proseguía su relato comentando que los caminos eran áridos y “abrasados por la reverberación de un sol insoportable” para llegar a Hermosillo (hasta hacía poco llamado Pitic), que ya empezaba a destacar como un centro urbano de mayor importancia en el estado, lugar en el que presencié lo que llamó “extrañas” escenas de contrabando, de las que desafortunadamente no da más datos. Ahí se reencontró con un senador mexicano, de quien no proporciona el nombre, que había conocido en la ciudad de México y del cual aceptó la proposición de viajar juntos a Arizpe —población a la que se refiere como la capital del estado—,

aunque hacía tiempo que era fuertemente cuestionada por su alejamiento de las principales rutas mercantiles y su casi inexistente desarrollo urbano.⁹ Ahí se hospedó en la casa del senador, quien trató de disuadirlo de viajar más hacia el norte, objetivo que no logró, por lo que al menos decidió proporcionarle un guía. Este multicitado senador fue probablemente el inspirador de uno de los personajes de la novela *Le coureur des bois* o *El cazador nómada*, la novela que albergó sus recuerdos de Sonora.

Durante este viaje al norte, en un poblado abandonado, Bellemare relata un encuentro con un cazador “canadiense” que hablaba francés, que vestía con pieles y quien le causó tal impresión que después fue el modelo para otro de los personajes principales de *El cazador nómada*. Por esos años, segundo tercio del siglo XIX, no era raro que aparecieran cazadores y tramperos estadounidenses, anglo y franco-canadienses en las montañas Rocallosas y en la costa del Pacífico septentrional, pero no era fácil que llegaran tan al sur y tal vez eso explique cómo influyó ese encuentro en la concepción de la novela.

Bellemare-Ferry continuó su recorrido hasta llegar a Bacoachi, donde se explotaban por entonces unas minas de oro, “las más ricas de Sonora”, donde fue testigo de los trabajos para extraer el áureo metal y que también le inspiraron seguramente parte de los relatos de *Escenas de la vida salvaje en México*.¹⁰ Su guía se despidió ahí y continuó el viaje solo: el “desierto” estaba sólo a 20 leguas (100 kilómetros aproximadamente) y describe cómo iba cambiando el paisaje, desnudándose de árboles y matorrales, mientras aparecían cactus, colinas quebradas y dilatados horizontes. Su relato se puebla de tinieblas, bestias feroces e indios merodeadores, mucho de ello tal vez provocado por una fiebre intermitente (¿paludismo, malaria?) que probablemente contrajo en San Blas, famoso por su insalubridad. Afectado en su salud y atormentado por el calor y la sed, Bellemare olvidó todas las recomendaciones y se extravió, pero un jinete providencial, como los de sus novelas, lo condujo a salvo a una hacienda.

Ferry relata que se trataba de una hacienda llamada La Noria, que probablemente sea la hacienda del Venado de la novela y la describe como una fortaleza “construida con grandes piedras, tenía terrazas almenadas, grandes puertas, barras de fierro en las ventanas y era fácilmente defendible contra depredadores”. Ahí presenció la destreza de vaqueros domadores de caballos y participó en cacerías con otros dos huéspedes de la hacienda. Con el permiso y la ayuda de sus anfitriones

⁹ Sergio Ortega Noriega e Ignacio del Río (coordinadores), *Tres siglos de historia sonorensis (1530-1830)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, 502 p., mapas, cuadros (Serie Historia Novohispana, 49), p. 294. En esta obra yo fui el autor del capítulo dedicado al Estado Interno de Occidente y en él consigno cómo, durante las dos décadas posteriores a la consumación de la Independencia, la capital del Estado Interno de Occidente, primero, y del estado de Sonora, después, tuvo diversas sedes como El Fuerte, Álamos, Cosalá, Hermosillo, Arizpe y Ures, debido a pugnas internas entre grupos políticos y por levantamientos indígenas. En alguno de esos vaivenes, y seguramente por influencia del susodicho senador, Bellemare consigna que Arizpe era la capital del estado.

¹⁰ Sergio Ortega e Ignacio del Río (coordinadores), *Tres siglos de historia sonorensis...*, p. 294, y *Escenas de la vida salvaje en México*, p. 141 y siguientes.

reemprendió camino y al fin llegó a su meta original, Tubac, poblado “situado en la ribera del San Pedro” [*sic*, posiblemente se refiere al Santa Cruz] que, según su descripción, tenía dos calles transversales, unas pocas casas con ventanas y un cañón, pero que sobre todo representaba el último asomo de población, ubicado en el umbral del desierto.

Acerca de este desierto expresa la opinión de que debía ser considerado más bien una pradera, una extensísima sabana ornada de corrientes de agua y vegetación, muy distinta al desierto africano. A pesar de su corta estancia en la región tuvo la suerte de contemplar grandes manadas de bisontes y numerosas recuas de mulas que transportaban barras de plata y se palpa en sus idílicas descripciones un asombro por la sensación de inmensidad para su visión europea. Eventualmente Bellemare regresó a la ciudad de México por la ruta central del Camino Real de Tierra Adentro y, según comentaba, sólo le quedó como recuerdo de sus aventuras un par de espuelas y un sarape.

La novela sonorese de Bellemare-Ferry

Según puede apreciarse, muchas de las vivencias de Louis de Bellemare en Sonora fueron trasladadas al argumento de *El cazador nómada*, novela escrita por Gabriel Ferry aproximadamente una década después, y no podemos dejar de preguntarnos cuánto de lo experimentado fue recreado al hacer el *roman* en Francia. Aun así, resulta una valiosa fuente para rescatar descripciones de paisajes y lugares, de ambientes domésticos y rurales, de vestimentas y costumbres, de muchas cosas íntimas o aparentemente intrascendentes que devienen fundamentales para conformar el perfil de los hombres y las mujeres de hace dos siglos que vivieron en ese espacio geográfico que apenas comenzaba a llamarse noroeste de México.

El título en francés de la obra es *Le coureur des bois ou les chercheurs d'or*, que traducido literalmente al castellano es “El corredor de los bosques o los buscadores de oro”. Cuando Germán Liszt Arzubide publicó por primera vez en México, en 1945, un fragmento de un capítulo de la novela, decidió traducirlo como *El cazador nómada*, y por respeto a su labor bibliográfica de rescatar para los lectores mexicanos del siglo XX la obra de Bellemare-Ferry se decidió mantener el mismo título en la selección de capítulos publicados por la Universidad de Sonora. Además, sin pretender señalarlo como un error, apunto que es una traducción libre y no desacerada, aunque en todo caso incompleta como orientación para los lectores.

Ese *coureur des bois* sería equivalente al de *trapper* o *mountain man* de los angloamericanos, que a su vez podría equivaler en castellano a los términos de trampero, explorador o también cazador. Se refiere pues a esos hombres que se lanzaban a recorrer los territorios casi inexplorados de América del Norte para cazar animales de pieles preciosas, o al menos de gran demanda en el mundo “civilizado”, y frío, de Europa y Estados Unidos. Estos aventureros avanzaron paulatinamente desde los Grandes Lagos y el Mississipi hacia el oeste desde

principios del siglo XVIII y no sólo como empresarios particulares sino también como exploradores que transmitían a sus gobiernos todo tipo de información geográfica y económica. Al comenzar el siglo XIX ya merodeaban por las posesiones españolas, luego brevemente mexicanas, y fueron la punta de lanza de la avalancha humana que inundaría las praderas décadas después.

La forma de vida y el atuendo de estos hombres ya han sido descritos en numerosas ocasiones y son ampliamente conocidos a través de la literatura y la cinematografía en nuestros días, pero al inicio del siglo XIX eran el ejemplo clásico del hombre audaz de ese tiempo que se veía inmortalizado por autores como Gabriel Ferry, por lo que es natural que para llamar la atención del público titulara así su novela. También la segunda parte del título, “los buscadores de oro”, apelaba a esa eterna fascinación de la humanidad por el metal precioso más escaso del planeta; pero llama en especial la atención que Ferry lo presentara tan tempranamente en el ámbito europeo con referencia al noroeste mexicano o al oeste norteamericano, cuando apenas se vislumbraba el inicio de la fiebre del oro en California. Esto tuvo que ser consecuencia de su experiencia directa en las minas y los placeres sonorenses del áureo metal, casi la única región de México donde podía encontrarse. La imagen de los gambusinos —término por cierto de difícil localización en los diccionarios de español, francés e inglés— tenía una fuerte resonancia en la sociedad europea.

Hay que mencionar que la edición de la novela que consultamos en la Biblioteca Nacional de México consta de más de 600 páginas, contenidas en dos volúmenes. La anécdota principal, el hilo conductor del relato alrededor del cual se van entretejiendo todas las historias de *El cazador nómada*, es la organización, el progreso y el eventual desenlace de una expedición para localizar y explotar un fabuloso yacimiento de oro localizado en un territorio más allá de la frontera habitada —es difícil precisar si hacia el oeste, cerca de la confluencia del Gila y el Colorado, o hacia el este, en el nacimiento del Gila y la cercanía del Bravo— y para lo cual, desde luego, había que prevenirse del peligro de los apaches. Los ives y venires de los personajes, en medio de todo tipo de aventuras, tiene como telón de fondo esa vasta planicie poblada de arbustos espinosos, de cactus y de esporádicas corrientes y ojos de agua que daban vida a refrescantes manchones de vegetación a lo largo del predominante tono amarillo o rojizo del terreno.

Para resumir la historia, digamos que la expedición llega a su destino sin beneficiarse económicamente de ello, debido al tenaz acoso de una partida de guerreros apaches que acaba con las ilusiones y la vida de la mayoría de los aventureros. Sin embargo, los villanos de la historia reciben el justo y adecuado castigo por sus acciones malintencionadas y sus oscuras ambiciones, mientras que los héroes alcanzan la recompensa que merecen por su honestidad, generosidad y perseverancia contra la avalancha de calamidades padecidas. El héroe recobra la identidad de su noble estirpe, que le ha sido ocultada, y obtiene el amor de la bella y virtuosa hija de Sonora que en algún momento parecía inalcanzable; Bois Rosé, el cazador nómada que albergaba la ilusión de que el joven héroe

se convirtiera en su hijo adoptivo y compartiera su estilo de vida, tiene que resignarse ante la inevitable felicidad de su protegido y cabalgar hacia otros horizontes en busca de lugares poco o nunca recorridos por otros hombres.

Se trata pues de una trama típica del romanticismo, repleta de pasiones exacerbadas, paisajes exóticos (para los europeos) y continuas aventuras. Para nosotros lo más importante son las minuciosas y coloridas descripciones de personas, paisajes, vestidos, costumbres, flora y fauna. Para cualquier lector, y espero que también para los historiadores, es muy revelador saber cómo hablaban o vestían, qué casas habitaban, de cuáles animales se servían o se defendían, y de tantos otros pequeños detalles ocultos en el rígido formato de los documentos oficiales o en la relajada redacción de las correspondencias privadas.

La imagen que proporciona la mirada curiosa y la pluma ágil de un hombre ajeno a la región, expresada a través de una obra de ficción que le permite gran libertad de narración, ilumina vivamente los pequeños e íntimos detalles de la vida cotidiana que normalmente son pasados por alto en los relatos dedicados a explicar la realidad. Lo que podemos rescatar para la historiografía de *El cazador nómada* o de *Escenas de la vida salvaje en México*, ambos relatos ubicados en el entorno del golfo de California durante la primera mitad del siglo XIX, son las minuciosas descripciones de rasgos físicos, los giros del lenguaje, los *modus vivendi* de los californios y los sonorenses, los detalles de las vestimentas y de mobiliarios, los tipos y hábitos de alimentación, los retratos de paisajes que son un reto para cualquier capacidad de descripción.

Como botón de muestra, así describe Ferry la hacienda de un rico sonoreense:

La hacienda del Venado, como todas las construcciones de esta especie situadas en las fronteras indias y por consecuencia expuestas a las incursiones de las hordas errantes de estos desiertos, era una especie de ciudadela, así como una casa de campo, hecha con ladrillos y piedras talladas, coronada con una terraza almenada; protegida con macizas puertas podía sostener un sitio de parte de enemigos más expertos en estrategia que las tribus de apaches cercanas [...]. En uno de sus ángulos se elevaba un campanario de piedra de cantería igualmente, pero de tres pisos y que coronaba la capilla perteneciente a la hacienda. Este campanario podía, aun en caso de que el principal cuerpo de habitaciones hubiera sido forzado, ser un asilo casi inexpugnable. Por último, fuertes estacadas, compuestas de postes y troncos de palmeras, rodeaban el conjunto entero, así como las de uso común destinadas a servir de habitación a los servidores de la hacienda, a los vaqueros y a los huéspedes subalternos que, de tránsito, venían de tiempo en tiempo a solicitar una estadía pasajera.

Eso era el exterior de la hacienda a la que rodeaba un caserío de los “trabajadores a sueldo y familias enfeudadas [sic] a la hacienda y quienes en los días de peligro podían venir, reforzando su guarnición habitual a buscar asilo y protección”.

Con respecto al interior de la casa hay detalles interesantes acerca del mobiliario y las frutas de la tierra. Esto es lo que relata Ferry:

Era una amplia sala en la cual una corriente de aire, practicada según el uso de los países calientes, mantenía una frescura continua; finos tapetes de China, curiosamente trabajados, cubrían las baldosas, compuestas de anchas piedras calizas, y otros tapetes, aún más estupendamente realizados, servían de persianas a las ventanas [...]. Las paredes, blanqueadas con cal, estaban realzadas por algunos raros grabados encuadrados en marcos dorados; poltronas de cuero, repisas en ángulo sobre las cuales repisas de plata ofrecían a los fumadores carbones cubiertos de ceniza blanca, sillas y un canapé de bejuco de hechura angloamericana componían todo el mobiliario.

Sobre una mesa de madera de bálsamo pulido tinajas porosas servían para refrescar el agua que contenían. Grandes tajadas de sandía ofrecían sobre un ancho plato de plata su encarnado fruto que un sabroso jugo adornaba con rosadas perlititas. Pitahayas expandían el púrpura subido de sus granos al lado de las sandías y granadas semiabiertas [...]

Aparece en estos párrafos la referencia de objetos procedentes de muy diferentes lugares: objetos decorativos y tapetes de China, canapés o sillones de bejuco procedentes de Nueva Inglaterra, todos traídos por navegantes que desde medio siglo atrás habían empezado a importar productos manufacturados de mejor calidad y precio a esas provincias norteañas tan supuestamente vigiladas y tan mal abastecidas por la antigua metrópoli ibérica y la nueva república.

Otro aspecto interesante de sus retratos es la gente, como cuando describe dos jinetes que llegan a la hacienda:

El primer jinete era el amo de la hacienda. Su atuendo se componía de un sombrero de paja de Guayaquil, de una camisa de blanca y fina batista, sin chaqueta, y pantalón de terciopelo con botones de oro y ajustado de las caderas; el otro era el capellán de la hacienda, un reverendo monje franciscano con hábito azul, atado con cordones de seda, y quien al cabalgar llevaba la sotana enrollada por encima de sus botas de montar, dotadas con largas y sonoras espuelas, y un sombrero gris, arrogantemente ladeado, que daba al franciscano un aire más soldadesco que monástico.

Del rico hacendado no sorprende la lujosa vestimenta, pero la del fraile sí llama la atención y confirma de cierta manera lo que ya se apuntaba en muchos documentos oficiales acerca de la mundana y casi relajada conducta de los misioneros en aquellas regiones. Resulta imprescindible incluir aquí la descripción que hace Bellemare-Ferry de la hija del hacendado, Rosario, que confirma la fama de la belleza de las mujeres sonorenses difundida por todo tipo de visitantes de aquella tierra:

En estas alejadas provincias el tipo andaluz se ha debilitado generalmente, pero no ha perdido nada de su distinción y, por feliz contraste la pureza de este tipo se juntaba a la lozanía de las hijas del norte. Las rosadas mejillas de la hija de don Agustín

resaltaban aún más el brillo de sus ojos negros; a la corona de cabellos de ébano que adornaba su cabeza, el tórrido sol no había robado nada a la blancura de su colorido. En una palabra, sus manos, sus pies, su talla, su sesgo, que, según la expresión andaluza, "derrama sal y perdona vidas", se juntaba en ella a la riqueza de la sangre europea.

Este encendido elogio, donde se filtra buena parte del sentimiento de supremacía europea, fue repetido una y otra vez por viajeros de distintas nacionalidades y los que procedían de otras regiones y otros tiempos, Vasconcelos incluido.

Es imposible repetir aquí las largas y poéticas descripciones del paisaje noroccidental mexicano que realiza el escritor francés. Tanto las del desierto, con sus diferentes matices, como las marinas del golfo de California, donde además ofrece detalles que quienes nos veníamos dedicando al estudio histórico de estas regiones sólo podíamos imaginar, resultan de gran utilidad para entender la vida, las actitudes y los motivos de la gente "menuda" que vivía en aquellas regiones: vaqueros, pescadores de perlas, hechiceros de ambos sexos, contrabandistas, soldados, caciques. Hay mucho que aprovechar para el relato histórico de lo que se expone en la lírica prosa del escritor y viajero.

Las letras de Louis de Bellemare-Gabriel Ferry nos permiten compartir con ese joven hombre, nacido al pie de los Alpes, la visión del agreste noroeste mexicano de hace casi dos siglos. Hoy queda todavía algo de aquel ambiente, como mucho permanece también del paisaje descrito por Ferry, con todo lo cual nos identificamos en grado sumo quienes nos hemos acercado por las circunspectas letras de la historia a esas tierras generosas. □



Tandis que les autres, les iâches,
Ceux qui turbinent tout le temps,
Comme des bestiaux à leurs tâches,

○ PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN

Culturas y universos femeninos: usos, prácticas, experiencias y concepciones del cuerpo de las mujeres seglares en la Nueva España, siglo XVII

Estela Roselló Soberón

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

El tema de investigación

La investigación que me propongo emprender estudiará distintos usos, prácticas y concepciones del cuerpo de las mujeres seglares de la Nueva España en el siglo XVII. Los temas centrales que se abordarán en dicho trabajo comprenden la construcción cultural de las miradas médicas, teológicas y populares del cuerpo femenino; las rutinas de higiene, las prácticas en torno al embarazo, al parto y la lactancia, así como diversas experiencias relacionadas con la sexualidad y el placer amoroso.

Es importante señalar que, debido a la profundidad y la amplitud de los temas a estudiar, la investigación se realizará a lo largo de distintas etapas en las que se puedan plasmar algunos avances de manera paulatina, antes de publicar los resultados totales de la misma. En este sentido, en el primer año de trabajo, se escribirá un par de artículos relacionados con los dos primeros incisos del índice tentativo; es decir, en primer lugar, con las miradas científicas del cuerpo femenino y, en segundo lugar, con algunas rutinas, prácticas y saberes populares relacionados con el embarazo, el parto y la lactancia.

Exposición del proyecto

Inserto en las preocupaciones de la historia cultural y de la vida cotidiana, este proyecto entiende por cultura todo sistema de ideas, creencias, valores, representaciones simbólicas y hábitos compartidos por una comunidad que ordena y entiende la vida de forma parecida. Por su parte, al hablar de universos femeninos nos referimos a esos ámbitos donde las mujeres comparten una sensibilidad similar, a espacios donde se viven y se construyen emociones y sentimientos particulares, así como a situaciones en donde dichos sujetos actúan y ejercen la capacidad para decidir, inventar y crear de manera más autónoma.

En las últimas décadas del siglo XX y la primera del siglo XXI, la historia de las mujeres en la Nueva España ha llamado la atención de investigadores como

Josefina Muriel, Pilar Gonzalbo, Asunción Lavrin, Rosalva Loreto, Antonio Rubial o Solange Alberro, por mencionar sólo algunos.¹ En sus trabajos, estos historiadores han hecho visible la especificidad de la realidad femenina novohispana y la necesidad de contar la historia desde una perspectiva particular, distinta de la masculina.² Con excepción de Pilar Gonzalbo y Solange Alberro, estos investigadores se han dedicado, en mayor medida, a estudiar el mundo de las monjas. Los temas recurrentes en sus trabajos han sido la escritura, la vida y la espiritualidad en los conventos, las biografías de místicas y beatas. Por su parte, la historia de las mujeres fuera de las órdenes religiosas ha privilegiado temas como la familia, las relaciones conyugales, así como la educación.

Sin duda, el estudio de todas estas realidades y temas ha abierto brecha en la comprensión de la importancia histórica que tuvieron las mujeres en la construcción de la sociedad novohispana. No obstante, si bien todos estos autores han señalado, en mucho, el punto de partida para emprender mi investigación, lo cierto es que ésta busca alejarse de los temas y problemas tradicionales para abordar la historia desde una dimensión poco estudiada para el caso específico del reino de la Nueva España: las culturas y universos cotidianos relacionados con el cuerpo femenino fuera de los conventos.

Estudiar la cotidianidad novohispana desde esta perspectiva busca abrir nuevos horizontes para la explicación histórica de una sociedad ciertamente patriarcal y dominada por las autoridades masculinas, pero en la que, paradójicamente, la figura de las mujeres, su presencia y acciones cotidianas siempre fueron fundamentales en la reproducción de los modelos culturales y las estructuras sociales que imperaron en aquella realidad.

Es decir, nadie pone en tela de juicio que la sumisión haya sido una pesada condición en la vida de las mujeres que vivieron en la Nueva España del siglo XVII; no obstante, la historia debe cuidarse de reproducir los prejuicios y lugares comunes de muchas explicaciones simplistas y estudiar, también, los espacios, las manifestaciones, las costumbres, las experiencias y las formas de interacción social alternativas a la condición de sometimiento. Acercarse a la historia con esta mirada invita a construir explicaciones más complejas en las que las mujeres aparezcan como sujetos activos, que en efecto incidieron en el orden de la sociedad y la cultura en las que vivieron.

En la Nueva España, el cuerpo femenino se concibió y vivió a partir de un sistema de valores y creencias católicos, además de un conjunto de ideas científicas propias del saber occidental; sin embargo, al mismo tiempo, las experiencias y los saberes relacionados con la corporalidad de las mujeres se construyeron a partir de elementos y condiciones propios de una sociedad mestiza y americana, diferente de las sociedades europeas contemporáneas.

¹ Entre algunas de las obras más conocidas de estos investigadores se encuentran las siguientes: *Conventos de monjas en la Nueva España* de Josefina Muriel; *Las mujeres de la Nueva España: educación y vida cotidiana* de Pilar Gonzalbo; *Diálogos espirituales* de Rosalva Loreto y Asunción Lavrin; *Herejes, brujas y beatas: mujeres ante el tribunal del Santo Oficio* de Solange Alberro, y *Monjas, cortesanos y plebeyos* de Antonio Rubial.

² Así lo ha expresado la propia Pilar Gonzalbo al hablar de los métodos para abordar el estudio histórico de las mujeres. Pilar Gonzalbo, *Introducción...*, p. 155.

Esta investigación buscará rastrear los resultados que tuvo la fusión de ciertos conocimientos, imágenes, ideas, creencias, usos y prácticas pertenecientes a tradiciones diferentes en la construcción de las miradas y las formas particulares de vivir el cuerpo femenino en la Nueva España.

Objetivos generales

El objetivo de esta investigación es reconstruir ciertos aspectos de la cultura y la vida cotidiana de las mujeres seglares de la Nueva España a partir del estudio de las muchas prácticas, experiencias, rutinas y representaciones simbólicas relacionadas con su cuerpo. En efecto, se busca reconstruir el conjunto de manifestaciones sociales anteriormente enumeradas, pero sobre todo, estudiarlas a partir del sistema cultural en el que se insertaron todas ellas para descifrar qué significó y cómo se vivió el cuerpo femenino en la realidad novohispana.

Objetivos específicos

De esta manera, la investigación busca profundizar en la explicación de los siguientes problemas:

1. La construcción cultural de una sensibilidad propiamente femenina en la que surgieron formas particulares de vivir emociones y sentimientos como el miedo y la esperanza, el placer y el dolor.
2. La reproducción de hábitos y prácticas que involucraron a las mujeres en el cuidado de su salud física, así como en la búsqueda del placer corporal.
3. La transmisión de usos y costumbres corporales entre mujeres de diferentes sectores, condiciones y calidades.
4. La difusión de valores, ideas, creencias, representaciones simbólicas, concepciones médicas y religiosas para entender, vivir y dar un lugar particular al cuerpo femenino.

La metodología

Como es fácil advertir, esta investigación parte de preocupaciones propias de la historia cultural, así como de la historia de la vida cotidiana. De tal suerte, la historia que se pretende contar toma conceptos y herramientas propias de la sociología y la antropología, disciplinas interesadas en decodificar los significados ocultos detrás de los hábitos, las rutinas y las conductas cotidianas, lo mismo que en reconstruir los sistemas de ideas, creencias, símbolos, valores e ideas que daban orden y sentido a la realidad material de las sociedades en el pasado.

Entre los trabajos de los sociólogos y antropólogos más útiles para realizar esta investigación, están aquéllos en los que Norbert Elias explica sus ideas en torno a la civilización como un proceso de domesticación de las pasiones, los instintos y los gestos corporales más irracionales.³ También es indispensable pensar en los trabajos donde Pierre Bourdieu ha desarrollado los conceptos de hábito, uso e identidad.⁴ Por su parte, la obra de Clifford Geertz es imprescindible al hablar de la cultura como un sistema de referencias simbólicas, ideas, creencias, rutinas, usos y costumbres comunes a los sujetos que viven en una misma sociedad.⁵

Siguiendo los caminos metodológicos de las disciplinas y autores antes mencionados, esta investigación intentará hacer algunas propuestas teóricas que enriquezcan la comprensión y la definición de los conceptos de identidad y cultura femenina dentro de la realidad particular de la Nueva España.

Para cumplir con ello es importante mencionar, desde un principio, que la cultura de aquella sociedad no fue homogénea.⁶ Por ello, más que hablar de una cultura femenina novohispana única, se preferirá hablar de varias culturas femeninas coexistentes en una realidad diversa y plural que reunió a mujeres de diferente etnia, condición, calidad y edad en una multiplicidad de universos.⁷

Por otro lado, vale la pena aclarar, también, que esta historia del cuerpo femenino no pretende aislar a las mujeres de los hombres, ni mucho menos de las monjas; por el contrario, la historia que se quiere contar tomará en cuenta la interdependencia e interacción de las seglares con sujetos del sexo masculino, así como su relación con las mujeres recluidas en los conventos.⁸

Estrategias de trabajo

Como se ha mencionado ya, la investigación de las culturas y universos femeninos tomará prestados algunos conceptos y categorías teóricas de otras disciplinas sociales. No obstante, estas herramientas conceptuales se utilizarán con cautela en

³ Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

⁴ Pierre Bourdieu, *La distinción*, Madrid, Taurus, 1998.

⁵ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988.

⁶ Siguiendo a E. P. Thompson, Peter Burke recuerda los peligros de creer que la cultura de una sociedad es excesivamente consensual u holista. En lugar de ello, y en un afán de enriquecer las visiones históricas, ambos autores proponen distinguir la existencia de diversas culturas simultáneas en una misma realidad: culturas de hombres o de mujeres, culturas de distintas generaciones, culturas de diferentes sectores sociales. Véase Peter Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 39.

⁷ En este sentido, Asunción Lavrin ha insistido mucho en la diversidad que caracterizó al sector femenino en la Nueva España. La pluralidad étnica, la fuerte jerarquización social, así como la diferencia de calidad y condición generaron, forzosamente, una diversidad de códigos de conducta femeninos que coexistieron en la realidad cotidiana de aquella sociedad. Véase la introducción de Lavrin y Pérez Cantó en *Historia de las mujeres en España...*, p. 513-514.

⁸ Para Peter Burke, las mujeres sólo pueden estudiarse a partir de su interdependencia con los hombres; de acuerdo con este historiador, en toda sociedad, los hombres y las mujeres se definen uno con respecto del otro e incluso, por contraposición al otro. Peter Burke, *¿Qué es la historia...*, p. 105.

aras de no forzar la interpretación histórica y cometer errores de anacronismo. Aun así, la teoría sociológica y antropológica brindará bases sólidas para analizar los documentos de archivo, la literatura popular, las imágenes y demás fuentes de utilidad para este proyecto.

Las fuentes

Como toda investigación de historia cultural, ésta se encuentra con el problema de rastrear información que pocas veces se hace explícita en los documentos. En este caso, es difícil acceder a la realidad femenina en una sociedad dirigida por hombres. No obstante, existen documentos materiales, gráficos y escritos que arrojan abundantes indicios para reconstruir diversas experiencias, manifestaciones y miradas alrededor del cuerpo femenino fuera de los conventos.⁹

En el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México existen varios tratados médicos y teológicos, así como libros de consejos de belleza y salud para las mujeres. Estos documentos dejan asomar la concepción científica y religiosa sobre el cuerpo femenino en la época. Además, estas fuentes ofrecen información útil para imaginar la construcción de ideales relacionados con el lenguaje de los gestos, las modas, así como los códigos de fealdad y de belleza.

Por su parte, el Archivo General de la Nación (AGN) también cuenta con un acervo de documentos de gran relevancia para la investigación. Entre ellos se encuentran los procesos de inquisición a brujas, hechiceras y parteras, documentos que arrojan datos importantes sobre los saberes populares en torno al cuerpo de las mujeres. Por otro lado, dichos procesos también ofrecen información sobre las prácticas sexuales, el incesto, el pecado nefando, las blasfemias en el acto carnal o simplemente las faltas hacia las normas para ejercer la sexualidad como lo indicaba y permitía la religión; todo esto será de enorme riqueza para reconstruir muchas experiencias, hábitos y rutinas corporales femeninas.

En este mismo sentido, también en el AGN, será indispensable revisar algunos procesos de divorcio, así como testamentos que seguramente arrojarán pistas interesantes sobre el tema. Por su parte, los diarios de viajeros y la correspondencia cotidiana guardan indicios que permiten reconstruir diversos usos y costumbres relacionados con las prácticas de higiene, el cuidado de la belleza y la gestualidad femenina de la época.

Algunas obras bibliográficas fundamentales

La historia de las mujeres ha sido un campo de interés reciente y prolífico en la historiografía europea y en la americana; el tema del cuerpo femenino ha inspi-

⁹ La mayor parte de estas fuentes son testimonios que plasman visiones masculinas; sin embargo, vale la pena seguir al clasicista John Winkler quien ha sugerido que es posible leer este tipo de documentos "a contrapelo para revelar visiones típicamente femeninas". Véase Peter Burke, *¿Qué es la historia...*, p. 43.

rado trabajos de diversos autores del viejo y nuevo continente. En este momento sería imposible presentar una lista exhaustiva de autores, ni mucho menos, un análisis bibliográfico profundo. Baste con señalar la existencia de un sinnúmero de historiadores, sociólogos y antropólogos que seguramente enriquecerán con sus ideas y reflexiones la investigación que me propongo emprender.

Entre ellos destacan obras como las de Peter Brown, *El cuerpo y la sociedad*; los trabajos de Jean-Claude Schmitt, *La raison des gestes dans l'occident medieval*, así como los grandes trabajos colectivos como la *Historia del cuerpo* o la *Historia de las mujeres en España y en América Latina* coordinados y dirigidos por Alain Corbain, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello e Isabel Morant, Margarita Ortega, Asunción Lavrin y Pilar Pérez Cantó, respectivamente.

Algunas aportaciones

Si bien la historia de las mujeres en la Nueva España lleva ya un sólido camino recorrido, todavía existen muchos senderos que explorar. Al apartarse de la vida de las monjas, esta investigación pretende rastrear y explicar fenómenos relacionados con dimensiones de la cotidianidad femenina poco conocidos. Al mismo tiempo, lejos de responder y aclarar todas las preguntas, el trabajo buscará, también, abrir nuevas líneas de investigación que permitan continuar con la reconstrucción de la historia cultural novohispana en el futuro.

Índice tentativo

Concepciones del cuerpo femenino

La mirada científica: entre la salud y la enfermedad

La mirada teológica: entre la salvación y la condena

La mirada popular: entre la vida y el ideal

Rutinas, saberes y prácticas populares

La higiene

El embarazo, el parto y la lactancia

En busca del placer perdido

Hechizos y encantamientos amorosos: las complicidades femeninas

Experiencias y concepciones en torno al acto carnal: gozos y certezas entre distintas mujeres novohispanas □

○ NOTAS DEL IIIH

EVENTOS ACADÉMICOS

En el auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología y en la sede de este instituto, se llevó a cabo el congreso internacional “Los indígenas en la Independencia y en la Revolución mexicana”, coordinado por los doctores Miguel León-Portilla y Alicia Mayer, del 22 al 26 de febrero de 2010.

En la sede del instituto se realizó la serie de conferencias El Mundo Mediterráneo en la Edad Media, a cargo del doctor Alessandro Vanoli, con los siguientes temas: “Método y perspectivas para una historia comparada del Mediterráneo medieval”, “El uso de las fuentes árabes para la historia del Mediterráneo occidental: España y Sicilia”, “La Sicilia musulmana y la memoria de los antepasados: por una nueva historia cultural del Mediterráneo” y “El Mediterráneo en

perspectiva: realidad y mito de un espacio de comunicación intercultural”, del 17 al 19 de marzo.

En la Casa Universitaria del Libro se llevó a cabo el ciclo de conferencias Nuevas Lecturas de la Independencia, con los siguientes títulos y ponentes: “Nuevas interpretaciones de la Independencia”, por Alfredo Ávila; “Defensores de la Colonia”, por América Granados, y “Sociedades secretas, masonería e Independencia”, por María Eugenia Vázquez Semadeni, entre el 9 y el 23 de marzo.

En la sede del instituto comenzó el tradicional ciclo de videoconferencias El Historiador frente a la Historia, este año con el tema —difícilmente podía ser otro— “Conmemorar la Independencia y la Revolución mexicana”, con el siguiente programa:

13 de abril	“Antecedentes de la Independencia”, Gisela von Wobeser
20 de abril	“La Revolución mexicana: un balance histórico”, Felipe Ávila
27 de abril	“Las conmemoraciones masónicas de la Independencia”, María Eugenia Vázquez Semadeni
4 de mayo	“La Independencia y la construcción de una memoria”, Ana Carolina Ibarra
11 de mayo	“Reflexiones en torno a las conmemoraciones en la historia”, Álvaro Matute
18 de mayo	“Los tejanos y la Revolución mexicana”, Silvestre Villegas
25 de mayo	“La conmemoración del centenario en 1910”, Virginia Guedea
1 de junio	“La noche mexicana: la invención de lo ‘genuinamente mexicano’”, Ricardo Pérez Montfort □

Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*, Santiago de Chile, LOM/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, 251 p.

Leonor García Millé

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

El viaje es antes que nada movimiento: el movimiento que lleva a una persona de su lugar de origen a otro y de allí necesariamente de regreso. Pero el movimiento no se limita al mero traslado físico, así sea realizado en modernos medios de transporte o en el lomo de un caballo. Viajar significa también el intercambio de ideas, la erosión de prejuicios y la construcción de identidades, signos todos de cambio. Pareciera entonces que ese aparentemente inocente vagar por paisajes desconocidos, ese gozoso —o chocante— contacto con personas y costumbres distintas, fuera más que eso, pues implicaría también poner a prueba las ideas del viajero, ya sea cuestionándolas o reforzándolas. Si a todo esto agregamos que la literatura de viaje es el medio en el que la experiencia del viaje queda atrapada, entonces podemos entrar en contacto con ese movimiento como si hubiera sido detenido en el tiempo; podemos apreciar las percepciones y las representaciones de lugares, de gente y de sociedades ajenas al autor; podemos, en pocas palabras, reconocer la manera en que se planta en el mundo y lo (d)escribe (aunque, habría que decirlo, al hacerlo termina diciendo más de él mismo que de los lugares que visita).

Esta esencia trashumante se encuentra en las páginas del libro *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*, de Carlos Sanhueza Cerda, quien reconoce en el viaje y en sus relatos un espacio rico para el análisis histórico.

Este estudio entrelaza dos hilos para crear su tejido: la experiencia del viaje y la construcción de la identidad nacional. Justamente *entrelazar, comparar, entretener y enfrentar* son labores todas que el autor gusta de realizar y que le permiten ver el mismo tema desde varias geografías y el mismo punto desde distintos autores. Así, vemos cómo en este haz de temas (viaje y nación) se engarzan los viajeros chilenos en Alemania y los viajeros alemanes en Chile durante el siglo XIX.

Los viajeros cuyos relatos se estudian son los chilenos Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales e Isidoro Errázuriz y los alemanes Eduard Poeppig y Paul Treutler; sin embargo, la obra de Sanhueza se enriquece con la mención de otros personajes que también realizaron periplos en los países mencionados (como el viajero por excelencia Alexander von Humboldt).

Para comenzar, Carlos Sanhueza acomete la tarea de hablar de los viajes y de la

identidad en el siglo XIX, sin olvidar incluir un breve análisis/justificación de los relatos de viaje como fuente histórica. A continuación, en este texto que parece tener su propio movimiento pendular, el haz de temas (viaje/nación) se trabaja en dos tiempos; en el primer tiempo el autor se concentra exclusivamente en el asunto del viaje, tanto de los alemanes en Chile como de los chilenos en Alemania (que también llega a ampliar a “Europa”). Lo que le interesa a Carlos Sanhueza es superar el anecdotario de los viajes individuales y en su lugar armar esquemas más grandes, más abarcadores y por tanto explicativos de las experiencias de viajes de ambos grupos nacionales. Por ello construye una tipología de los viajes, de manera que tenemos, por ejemplo, “el viaje científico” o “el viaje pictográfico” de los alemanes y “el viaje de exilio” de los chilenos. Además, caracteriza la manera en la que América y Europa son capturadas y representadas por aquellos que desde lejos llegaron para recorrer sus caminos: de un lado se nos muestra un continente que es naturaleza y por el otro un continente que es civilización y centro del mundo.

El segundo tiempo del que hablábamos está dedicado, por su parte, a la construcción de la identidad nacional, y para ello el autor utiliza el concepto del “distanciamiento cultural”. Así, en *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile* se plantea que, a la par del alejamiento que impone el viaje en términos reales, se está llevando a cabo también un distanciamiento cultural que permite abrir un espacio para replantear, repensar y observarse desde lejos, para definir al otro y definirse en contraparte a sí mismo. Por ejemplo, se nos habla de cómo los alemanes al contemplar las costumbres chilenas, aquellas que les parecían tan ajenas y extrañas, podían definir justamente en contraposición a lo que estaban obser-

vando, lo que les era propio, es decir construían elementos que pasaban a formar parte de su identidad: “la inclinación al trabajo, al hogar, a la vida tranquila”.¹

Bien sabemos que la identidad nacional se construye tanto desde arriba (del Estado) como desde abajo (de la sociedad) y es este último aspecto el que Carlos Sanhueza desea subrayar, en consecuencia en su libro prima la consideración cultural sobre la estatal. Es por eso que en el segundo tiempo se aboca a mostrar el perfil de nación que los propios viajeros tallaron en sus textos, la nación representada desde la lejanía, cuando se está rodeado por la otredad.

Pero vale preguntarse ¿con qué elementos se compone y se representa la nación o lo nacional en un viaje? Y la obra que nos ocupa responde: con todo aquello que concierne a la experiencia de lo ajeno en una travesía como lo es la geografía, el clima, el paisaje, la manera de vestir, de comportarse con el sexo opuesto, de formar una familia, de trabajar y también de divertirse. Vemos entonces conformarse ante nuestros ojos, a través de las palabras de los viajeros chilenos y alemanes y mediante el análisis del autor, las identidades de esas naciones en el siglo XIX.

Cuando uno se introduce al libro *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile*, de Carlos Sanhueza Cerda, da la sensación de entrar a un espacio con múltiples espejos, reflejos que se cruzan de un lado a otro del océano, miradas que van y regresan (y a veces se vuelven a ir) e imágenes que reverberan en los distintos autores. En este cruce incesante que se nos ofrece podemos viajar también un poco y entender que el viaje es más que un mero descanso. □

¹ Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*, Santiago, LOM Ediciones/Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, p. 210.

NOVEDADES EDITORIALES DEL IIH

LIBROS



Tres siglos de historia sonorense, 1530-1830, 2a. edición, coordinación de Sergio Ortega Noriega e Ignacio del Río, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 484 p., mapas, cuadros (Historia Novohispana 49).

Este libro se ocupa de tres siglos de historia sonorense que comenzaron con la llegada de los españoles al noroeste de México a principios del siglo XVI y terminaron en 1831 con la erección del Estado Libre y Soberano de Sonora. La presencia de españoles dio pie a la mezcla de sangres indígena e ibérica, componentes étnicos predominantes en el sonorense actual, y propició la difusión de elementos culturales que —como la lengua castellana, la religión cató-

lica y cierta forma de organización familiar— aún subsisten como rasgos importantes de aquella sociedad. En esa época también se inició la formación de grupos y clases sociales que darían origen a la estructura social de la Sonora contemporánea. El objetivo de los autores es exponer, de manera sencilla y razonada, hechos históricos relevantes que ocurrieron a partir de la implantación del dominio español sobre los grupos indígenas que vivían en tierras hoy sonorenses, lo cual desencadenó una serie de procesos de cambio, tanto en las sociedades originarias como en los que llegaron de fuera, de modo que, tres siglos más tarde, se delineaba una sociedad distinta de las dos que entraron en contacto desde el siglo XVI. Al editar esta obra por segunda vez y desplegar el esfuerzo de síntesis contenido en sus páginas, se alienta el impulso de descubrir nuevos problemas que resolver y, con ello, el deseo de que otros historiadores continúen la inacabable tarea de escribir la historia de Sonora.

Dominique Iogna-Prat, *Iglesia y sociedad en la Edad Media*, prólogo de Martín Ríos Saloma, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 73 p., cuadro (Historia General 26).

Esta obra reúne las conferencias impartidas por el profesor Dominique Iogna-Prat en el marco de la Cátedra Marcel Bataillon que se desarrolló en el Instituto de Investigaciones Históricas del 3 al 6 de noviembre de 2008. Los textos que la integran presentan una visión novedosa y actualizada del importante papel que desempeñó la Iglesia en el seno de la sociedad medieval como articuladora del espacio social y del espacio rural, como transmisora y conservadora de los saberes de la antigüedad y, por último, como institución creadora de discursos políticos y de identidad comunitaria.



Dos documentos virreinales, las instrucciones al virrey Luis de Velasco II y las instrucciones y memorias del segundo duque de Alburquerque, compilación y presentación de Ernesto de la Torre Villar, nota preliminar de Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 99 p. (Documental 28).

El maestro Ernesto de la Torre Villar, investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro distinguido del Instituto de Investigaciones Históricas, falleció en enero de 2009. Unos meses antes, lúcido y activo a sus más de noventa años, aunque ya con notoria precariedad en su salud, pudo entregar el texto de la presentación de esta obra que ahora publicamos como un homenaje póstumo al investigador destacado, universitario de corazón, formador de varias generaciones de historiadores.

Don Ernesto trascendió por su esfuerzo como bibliófilo, lo que explica su tesón por difundir fuentes documentales como las que aquí se presentan. Se trata de las instrucciones reales al primer gobierno de don Luis de Velasco II, que encontraron y estudiaron José Ignacio Conde y Javier Sanchiz Ruiz, así como de la biografía y la memoria de gobierno del virrey segundo duque de Alburquerque, trabajo realizado y analizado por Norman Martin. De la Torre consideró importante la edición conjunta de estos documentos para un mejor análisis del gobierno virreinal a través del estudio de la gestión de los funcionarios españoles.





Los indios ante los foros de justicia religiosa en la Hispanoamérica virreinal, coordinación de Jorge E. Traslosheros y Ana de Zaballa Beascochea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 177 p. (Historia General 25).

En la presente obra se da cuenta de la relación que existió entre la justicia eclesiástica y los indios en la Hispanoamérica virreinal. El tema es por demás relevante toda vez que aquella fue una sociedad profundamente religiosa y que sus formas de convivencia estuvieron marcadas por este hecho social, incluyendo las instituciones abocadas a la procuración y la administración de justicia. A lo largo de sus páginas el lector encontrará la relación de los naturales con el Santo Oficio, los tribunales eclesiásticos ordinarios

y las visitas episcopales, así como las menos tangibles realidades de la cultura jurídica y religiosa de las Indias Occidentales. Su riqueza historiográfica, analítica y conceptual se sustenta en un excelente trabajo de fuentes provenientes de los archivos de Roma, España, Estados Unidos, México y Perú. Se trata, sin duda, de un texto esencial para el estudio de la relación entre la justicia, la Iglesia y la sociedad que nos demuestra que el estudio de la administración de justicia en materia religiosa es un espacio privilegiado para comprender la formación social y cultural de la Hispanoamérica virreinal.

Contenido

Sobre los autores

Prólogo

Introducción

Del Viejo al Nuevo Mundo: novedades jurisdiccionales en los tribunales eclesiásticos ordinarios en Nueva España, *Ana de Zaballa Beascochea*

Los indios, la Inquisición y los tribunales eclesiásticos ordinarios en Nueva España. Definición jurisdiccional y justo proceso, 1571-c.1750, *Jorge E. Traslosheros*

Autonomía local y resistencia colectiva: causas civiles y eclesiásticas contra indios idólatras en Oaxaca, *David Tavárez*

¿Idólatras congénitos o indios sin doctrina? Dos comprensiones divergentes sobre la idolatría andina en el siglo XVII, *Juan Carlos García Cabrera*

Testimonios de coerción en las parroquias de indios: Perú, siglo XVI, *John Charles*

La justicia eclesiástica ordinaria y los indios en la Nueva España borbónica: balance historiográfico y prospección, *Gerardo Lara Cisneros*

Homenaje a Álvaro Matute Aguirre, coordinación de José Ortiz Monasterio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Instituto de Investigaciones Históricas, 2009, 440 p., fotografías.

La obra de Álvaro Matute Aguirre es vasta y diversa. En ella se advierte una trayectoria que ha cumplido de manera encomiable con la divisa de la UNAM, su *alma mater*: investigar, enseñar y extender la cultura. Desde 1966 hasta la fecha, Matute ha publicado páginas que revelan sus intereses múltiples, y su dedicación a la docencia corre en estricto paralelo. Los cursos de Historiografía, Teoría y Filosofía de la Historia impartidos a lo largo de más de cuatro décadas dan razón de sus preferencias temáticas. Junto a éstos, ha cultivado el estudio de la historia de distintos aspectos del siglo XIX y de la Revolución mexicana. Sin embargo, su mirada se extiende por muchos planos más, y es esta singularidad la que ha propiciado que su palabra y textos se conviertan en un surtidor de ideas, de las cuales se han beneficiado sus alumnos y le han tendido puentes con los intereses de muchos de sus maestros y colegas.

El homenaje que le brindan unos y otros es una prueba de lo mucho que ha sembrado. Constituido por 16 apartados, este libro contiene aproximaciones cuidadosas a la obra del maestro, ejercicios de reflexión sobre algunos de sus temas favoritos, así como aportaciones de compañeros y amigos que con sus propios textos se suman para celebrar a quien se ha caracterizado por cultivar el conocimiento y la reflexión acerca del quehacer de los historiadores, a la vez que por reconocer la libertad y la valía de quienes lo ejercen con pasión.

Contenido

Presentación

Entrevista al maestro, *José Ortiz Monasterio*

Álvaro Matute y el pensamiento historicista, *Rodrigo Díaz Maldonado*

Hecho en México: teoría y práctica historiológica en Álvaro Matute Aguirre, *José Ortiz Monasterio*

La construcción de significado en la historia, *Miguel León-Portilla*

Para una historia literaria de dos siglos, *Belem Clark, Fernando Curiel Defossé y Guadalupe Curiel Defossé*

Afinidades electivas. A propósito del marxismo: letras para la historia y la filosofía, *Evelia Trejo*

De letras y memoria. La historia y la literatura, *José Rubén Romero Galván*

Los primeros documentos y las historias de las Indias, *Rosa Camelo*

El ajedrez del sermón mexicano: entre la retórica redentora y la vida terrena (época colonial al Imperio de Maximiliano), *Brian Connaughton*

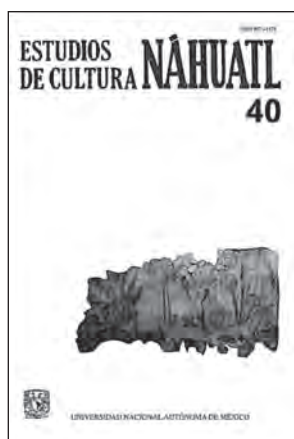
Los liberales ante su pasado económico (1850-1880), *Leonor Ludlow*

Los afanes universitarios de Pedro Henríquez Ureña: sus legados, *Javier Garciadiego*



-
- El embrujo de Felipe Ángeles: ensayo sobre un militar académico y sus historiadores, *Pedro Salmerón Sanginés*
- La revolución mexicana recordada, reinventada y recuperada: el revisionismo en la historiografía sobre la Revolución, *Leonardo Lomelí Venegas*
- Pro domo mea: La Cristiada a la distancia*, *Jean Meyer*
- Últimas fotografías de Tina Modotti en México, un pretexto para escribir un capítulo del radicalismo en México, *Aurelio de los Reyes*
- “Filipinas en el confín del mundo hispánico”. Las *Notas de viaje* de Enrique Díez-Canedo (diciembre de 1935-febrero de 1936), *Aurora Díez-Canedo F.*

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



Estudios de Cultura Náhuatl, 40, 2009.

Contenido

- Volumen 40. Los indios en la guerra de Independencia y en la Revolución de 1910. Presentación
- La forma del tiempo y las voces del calendario, *Ana Guadalupe Díaz Álvarez*
- Otitocuepqueh*: regresamos. Los pobladores prehispánicos de Guanajuato, *Miguel León-Portilla*
- El *Códice Santa Cruz Tlamapa 1*. Estudio histórico, físico y de contenido, *Juan José Batalla Rosado*
- La construcción socio-histórica del paisaje fundacional en las migraciones mesoamericanas, *Ángel Julián García Zambrano*

La cronología de la *Tira de la peregrinación*, *Rafael Tena*

- La moral en las antiguas sociedades chichimecas. Algunas explicaciones desde la teoría histórico-genética, *Laura Ibarra*
- El llorar entre los nahuas y otras culturas prehispánicas, *Daniel Graña Behrens*
- De la tierra al territorio. Límites interpretativos del naturismo y aspectos políticos del culto a Tláloc, *Sergio Botta*
- Las dos muertes de los dioses indígenas prehispánicos, *José Rubén Romero Galván*
- Aspectos simbólicos, representaciones y significaciones de las diferentes muertes de Maxtla: una propuesta de análisis, *Clementina Battcock*
- Los difrasismos en la obra inédita de Ángel María Garibay, *Pilar Máynez*
- Lecturas y glosas indígenas de la primera parte del *Códice mendocino* en el siglo XVI, *Patrick Johansson K.*
- La *Relación geográfica de Cholula* o la mirada realista de un investigador sobre el mundo indígena, *Bernard Grunberg*
- Un ritual de cacería. El conjuro para cazar venados de Ruiz de Alarcón, *Danièle Dehowe*
- Otro aliento, otro color, otros caminos literarios, *Mardonio Carvalho*
-

Bibliografía

Publicaciones recientes sobre lengua y cultura nahuas, *Ascensión Hernández de León-Portilla*

En los cincuenta años de la publicación de *Visión de los vencidos*

Visión de los vencidos... o la palabra de la otredad, *Eduardo Matos Moctezuma*

Medio siglo de *Visión de los vencidos*, *Fernando Curiel*

Visión de los vencidos a cincuenta años de su publicación, *Pilar Máynez*

Visión de los vencidos a cincuenta años de su aparición, *José Rubén Romero Galván*

Reseñas

Miguel Pastrana Flores, *Entre los hombres y los dioses. Acercamiento al sacerdocio de calpulli entre los antiguos nahuas* (Silvia Limón Olvera)

Lourdes Báez Cubero y Catalina Rodríguez Lazcano, *Morir para vivir en Mesoamérica* (Eduardo Matos Moctezuma)

Carlos Santamarina Novillo, *El sistema de dominación azteca: el imperio tepaneca* (Tzvi Medin)

Estudios de Historia Novohispana, 42, enero-junio 2010.

Sumario

Artículos

La venta de oro en cadenas. Transacción crediticia, controversia moral y fraude fiscal. Ciudad de México, 1590-1616, *María del Pilar Martínez López-Cano*

El cuerpo de María Magdalena en un devocionario novohispano: la corporalidad femenina en la historia de salvación del siglo XVIII, *Estela Roselló Soberón*

El Hospital de San Lázaro de la ciudad de México y los leprosos novohispanos durante la segunda mitad del siglo XVIII, *María del Carmen Sánchez Uriarte*

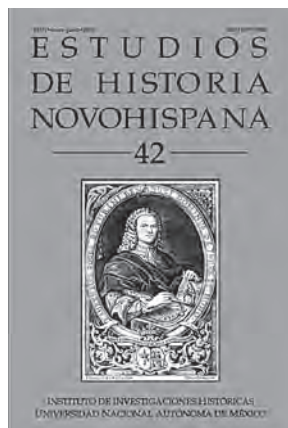
Science, reason and religion: Pedro de Horta and the healing of body and soul in eighteenth-century Mexico, *Charles A. Witschorik*

Documentaria

Boturini o las desventuras de un devoto guadalupano (seis cartas desde la cárcel), *Guillermo González del Campo y José J. Hernández Palomo*

Reseñas

Patricia Cruz Pazos, *La nobleza indígena de Tepexi de la Seda durante el siglo XVIII. La cabecera y sus sujetos. 1700-1786* (Rodolfo Aguirre S.)



-
- Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Vivir en Nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana* (Ivonne Mijares Rodríguez)
- Enrique González González (coordinador), *Estudios y estudiantes de filosofía. De la Facultad de Artes a la Facultad de Filosofía y Letras (1551-1929)* (Carlos Tormo Camallonga)
- José Antonio Rivera Villanueva, *Los otomíes de San Nicolás de Tierranueva Río de Jofre: 1680-1794* (Raquel E. Güereca Durán)
- Jorge Silva Riquer, *Mercado regional y mercado urbano en Michoacán y Valladolid (1778-1809)* (Mayra Santos Medina)
- Ivonne del Valle, *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII* (Ramón Kuri Camacho)
- Judith Zeitlin, *Cultural Politics in Colonial Tehuantepec. Community and State among the Isthmus Zapotec, 1500-1750* (Laura Machuca Gallegos)



Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, 39, enero-junio 2010.

Artículos

República federal y patronato: el ascenso y descalabro de un proyecto, *Brian Connaughton*

La asamblea hispanoamericana de 1864-1865, último eslabón de la anfictionía, *Germán A. de la Reza*

¿Técnicos contra universitarios? Un debate parlamentario sobre la educación superior, 1932, *Max Calvillo Velasco*

Historia y ontología en México: 50 años de Revolución, *Guillermo Hurtado*

Reseñas bibliográficas

Patricio Hidalgo Nuchera, *Entre Castro del Río y México.*

Correspondencia privada de Diego de la Cueva y su hermano Juan, emigrante en Indias (Diana Arauz Mercado)

Octavio Herrera, *El Noreste cartográfico. Configuración histórica de una región* (Ana Lilia Nieto Camacho)

Claudia Agostoni, *Curar, sanar y educar. Enfermedad y sociedad en México, siglos XIX y XX* (Alberto del Castillo Troncoso)

Pedro Salmerón, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste* (Sandra Torres Ayala) □

Historia Méxicana

Vol. LIX

Enero-Marzo 2010

Núm. 3

Artículos

- | | |
|----------------------|---|
| Solange ALBERRO | <i>Los efectos especiales en las fiestas virreinales de Nueva España y Perú</i> |
| Zulema TREJO | <i>Constituyentes y constitución. Sonora, 1857-1861</i> |
| Alejandra IRIGOIN | <i>Las raíces monetarias de la fragmentación política de la América española en el siglo XIX</i> |
| Max CALVILLO VELASCO | <i>Indicios para descifrar la trayectoria política de Esteban Cantú</i> |
| Johanna LOZOYA | <i>¿Nosotros, ustedes o ellos?: lo español en la memoria nacionalista de la arquitectura mexicana</i> |

Historia Mexicana

Periodicidad: trimestral (4 números)

<i>País</i>	<i>Instituciones e individuos</i>	<i>Ejemplar*</i>
México	300 pesos	75 pesos
Otros países**	100 dlls.	30 dlls.

* Vigente o atrasado

** Debe sumar al costo de su suscripción, 20 dólares por gastos de envío

El Colegio de México, A.C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, C. P. 10740 México, D. F. Para mayores informes: 5049-3000, exts. 3090, 3138, 3278 y 3295. Fax: 54493083 o Correo electrónico: emunoz@colmex.mx

CUADERNOS AMERICANOS

132

NUEVA ÉPOCA

Abril-Junio del 2010

MEMORIA Y CULTURA

Eduardo HUARAG ÁLVAREZ. Los mitos de origen en la memoria y oralidad de las culturas amazónicas de Perú

Sonia VALLE DE FRUTOS. Los procesos de transculturación desde la identidad de Nuestra América y la Europa mediterránea

BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

Alberto FILIPPI. Bicentenarios: integración plurinacional y crítica del etnocentrismo nacionalista

Heather HENNES. Corrientes culturales en la leyenda de Juana Azurduy de Padilla

Claudio GALLEGOS. Colonialismo e imperialismo en el proceso independentista cubano

PRESENCIA DEL PASADO

Charles Moore. Entre el silencio y el fracaso: la *Relación* "oficial" de Luis Hernández de Biedma sobre la exploración de Hernando de Soto en la Florida

Natalia SANTAMARÍA LAORDEN. Debates finiseculares entre autores españoles y latinoamericanos sobre el regeneracionismo español

CRÓNICA

Declaración de la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe

Declaración de Cancún

IN MEMORIAM SERGO MIKOYAN

RESEÑAS

Cuadernos Americanos

Revista dedicada a la discusión de temas de y sobre América Latina
Solicitud de suscripción / Subscription order

Adjunto giro bancario núm. / Enclosed money order n°. _____

Por la cantidad de / Amount: \$ _____

A nombre de *Cuadernos Americanos*, importe de mi / made out to *Cuadernos Americanos* for my

Suscripción / Subscription

Renovación / Renewal

Nombre / Name: _____

Dirección / Address _____

Ciudad / City _____ Código Postal / Zip Code _____

País / Country _____ Estado / State _____

Precio por año (4 números) / Price per year (4 numbers)

México \$340

Otros países / Other countries \$224 dls (tarifa única)

Redacción y Administración: 1er. piso, Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
tel.: (52 55) 5622-1902; fax: 5616-2515, e-mail: <cuadamer@servidor.unam.mx>.

La aparición de nuevas palabras en la lengua,
su uso cada vez más frecuente y su significado cambiante,
acuñados por el sello de la opinión dominante, es decir,
lo que caracteriza las modas lingüísticas vigentes
es un indicador nada despreciable del reloj del tiempo
para todos los fenómenos aparentemente insignificantes
por los que se pueden juzgar las transformaciones
del contenido de la vida.

WILHELM SCHULZ

